

EMILIA HOVER

El día que nos
CONOCIMOS

El día que nos conocimos

EMILIA HOVER

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Para mis lectoras. Sin vosotras nada de este hermoso trabajo sería posible.

Gracias por dedicar su valioso tiempo a leer mis líneas.

Gracias a cada una de ustedes.

CONTENIDO DE LA NOVELA

CAPÍTULO UNO - MARIANA

CAPÍTULO DOS - DIEGO

CAPÍTULO TRES - MARIANA

CAPÍTULO CUATRO - DIEGO

CAPÍTULO CINCO - MARIANA

CAPÍTULO SEIS - MARIANA

CAPÍTULO SIETE - DIEGO

CAPÍTULO OCHO - MARIANA

CAPÍTULO NUEVE - DIEGO

CAPÍTULO DIEZ - MARIANA

CAPÍTULO ONCE - MARIANA

CAPÍTULO DOCE - DIEGO

CAPÍTULO TRECE - MARIANA

CAPÍTULO CATORCE - MARIANA

CAPÍTULO QUINCE - DIEGO

CAPÍTULO DIECISÉIS - MARIANA

CAPÍTULO DIECISIETE - MARIANA

CAPÍTULO UNO - MARIANA

Estaba en la sala de espera de la oficina de Diego Olivos. Quise relajarme diciéndome que era algo que hacía con frecuencia, que recordara que había estado ahí en múltiples ocasiones. Y aunque me decía esas palabras de aliento, yo sabía que esa vez sí era distinto. Muy distinto. Ya no era una visita de cortesía que hacía acompañada de mi padre. Ahora me presentaba para una entrevista laboral. Y me hacía muchísima falta obtener el empleo. *Mariana, tienes que calmarte. Lleva las cosas con mucha calma y piensa en cosas positivas*, me pedí a mí misma, o, mejor dicho, me ordené.

Al principio, cuando Diego me había pedido pasar por su oficina para entrevistarme para el empleo, no había querido ir. Pensé que me había ofrecido la oportunidad solo por lástima o por sentir que le debía algún favor a mi padre. Después de un tiempo, todo cambió para mal, y tuve que dejar a un lado mi negación.

Era la única oferta que me habían hecho en todo el año. No había recibido una desde hacía meses.

Diego, o en términos más formales, mi futuro jefe, el señor Olivos, salió, y sentí que estaba a punto de desmayarme. Recordé cuando era una jovencita y lo veía en su oficina. Había una magia en su presencia a la que no podía resistirme. Cuando su puerta se abrió, mi aliento se congeló.

Tenía la edad de mi papá. Y no me importaba. Aunque llegara a ser mi jefe, no podía negar que era un hombre muy atractivo, aun cuando fuese mucho mayor como yo.

Su amplia sonrisa iluminaba su oficina. "Es un gusto tenerte de vuelta por aquí, Mariana", me dijo.

Era implacable y era muy cuidadoso en cuanto a sus intereses y dinero. Diego era, sin duda, un hombre de negocios. Pero también podía mostrar una caballerosidad y una bondad que nunca lo abandonaban. Mi padre sentía agrado por él precisamente por esas cualidades. Y yo también...

"El gusto es mío, señor Olivos", le dije cuando pude hablar.

"Por favor, conversemos adentro". Con un gesto me invitó a pasar.

Lo saludé con un apretón de manos. Quise parecer muy profesional y equilibrada. Tragué grueso y dije todas las frases hechas que suelen decirse cuando se empieza una entrevista de trabajo. Luego me senté, justo frente a él. Sonreí, y luego me percaté de que mi falda subía un poco y mostraba una parte de mi muslo. Ya el señor Olivos veía mi pierna con desparpajo y se reía. Aunque quise bajarlo disimuladamente, no pude.

"Esta ropa la compré ayer. Le pido sinceras disculpas", le dije. Mi rostro ya estaba enrojecido.

"No te preocupes. Cuéntame qué has hecho desde tu graduación", me pidió.

Era el hombre soñado de cualquier mujer. Sus dedos de deslizaron por su cabello. Sentí que me desparramaba del calor que sentía en mi cuerpo. Me pareció que tenía frente a mí a un modelo de revista o de un comercial de perfumes.

Sería muy complicado para mí avanzar en esa situación. Lo supe en ese momento.

"Quiero encontrar un empleo cuanto antes. Ya he llevado hojas de vida a muchas empresas públicas y privadas, algunas de las cuales me han entrevistado, pero no he tenido suerte", le dije con crudeza. "Piden como requisito indispensable tener tres o más años de experiencia, algo que yo no cumplo pues me gradué hace poco. Disculpe mi honestidad".

"Claro. Entiendo tu situación. En estos momentos que vivimos, las condiciones del mercado son desventajosas para todos, y en bienes raíces lo son aún más. Aunque no lo creas, puedo entender por lo que pasas", me contó. "Tras la crisis del año pasado, centenares de empresas despidieron personal y ahora esperan que las cosas mejoren para volver a contratar e invertir".

"Estoy totalmente de acuerdo. Además, mi situación familiar no es la mejor. Decidí que tenía que dedicar un tiempo para mí misma y recuperarme después de lo de mi papá", le comenté.

Me arrepentí de haberle mencionado a mi padre cuando vi su triste rostro. Ellos se habían conocido en la universidad y habían desarrollado una profunda amistad. Mi familia había atravesado duros momentos por su partida. No quise que me viera como la niña huérfana a la que había que ayudar, pero sí sentía

una gran necesidad de encontrar empleo.

Había postergado la búsqueda de trabajo por atender a mi papá mientras su enfermedad avanzaba. Cuando falleció, hice todos los arreglos de su funeral, porque mi madre no había podido hacerlo. Había llegado el momento de encontrar algo que me hiciera sentir útil y pagar las cuentas, lo que mi madre no podía hacer.

"Imagino que fue una etapa muy dolorosa", me dijo suavemente, con su mirada entre las palmas de sus manos. "Cuando tenía tu edad también vi cómo mi padre fallecía. También tuve que preparar su funeral. Es una experiencia traumática para un jovencito, y más cuando ese chico está terminando sus estudios universitarios y quiere hacer algo con su vida. Siento que debo expresar mi admiración. A pesar de todo eso, me parece que demostraste valor para lograr todo lo que lograste. Si tu padre estuviera aquí, se sentiría orgulloso".

Diego había pasado por lo mismo que yo había pasado y cuando habló de esa manera tan elogiosa, me sentí reconfortada, si bien sabía que se refería al océano de dolor que había vivido hacía solo unas semanas. Finalmente, alguien me decía que, aunque yo me sintiera terriblemente mal, había hecho algo bueno. Y aunque mi dolor no me permitiera sentirme feliz conmigo misma, sus palabras eran una bocanada de aire fresco.

Quise expresarle mi profunda gratitud por sus lindas frases, pero él empezó a hablar. "Quería que vinieras hoy por ese motivo", dijo. "Creo que necesitamos a una persona equilibrada y organizada como tú", agregó. "Adicionalmente, he querido contratar a una asistente hace tiempo. No solo la quiero: la necesito. Tú, Al comportarte a la altura de las circunstancias, a pesar del estrés a tu alrededor y la tristeza que te agobiaba, me mostraste que eres la más indicada. No había conseguido a una persona que me demostrara que cumplía los requisitos hasta que tú llegaste. Te ofrezco el puesto. Es tu decisión tomarlo o no".

Mi boca se limitó a sonreír. Sus palabras me sorprendieron. Quise volver a hablar, pero no podía. "Señor Olivos, muchas gracias, Es importante lo que está haciendo por mí. No se imagina cuánto".

"Por favor, dime cuándo podrías incorporarte a la compañía", me preguntó mientras revisaba su calendario.

"Usted es mi jefe. Cuando usted me lo pida", le comenté. "Dígame la hora y aquí estaré con un lápiz y una agenda en las manos".

"Mañana sería un buen día. Empezaríamos a planificar tu viaje a Japón, y cuando...".

Sentí que mi cara caía al piso. "Perdón, ¿ha dicho Japón?", dije interrumpiendo mientras mi asombro crecía. "¿Habla en serio o es un ritual de inicio?".

"Hablo en serio", me dijo. "Podrás disfrutar algunos beneficios de trabajar conmigo. Uno de ellos es poder viajar con frecuencia a lindos lugares. Tenemos planes para abrir un hotel de lujo en Tokio, por lo que tengo que viajar a Japón para dirigir algunas operaciones pendientes. Tu ayuda sería muy útil sobre el terreno". Estaba sonriente.

Hablaba de Japón. Definitivamente hablaba en serio. Apenas unos minutos antes era una chica desempleada que no sabía qué hacer con su vida y ahora era la asistente de Diego Olivos, el hombre que me ofrecía viajar al otro lado del mundo con todos mis gastos pagos. No sabía si era una forma de honrar la amistad que había tenido con mi padre, pero no me importaba. Solo me importaba... ¡Japón!

"Me cuesta expresar mi gratitud. Su oferta es tan tentadora que no sé ni qué decirle, señor Olivos. Solo que se lo agradezco mucho", le dije entre titubeos. "Y no solo el viaje, sino todo lo que está haciendo por mí".

"Mariana, sé que soy un hombre mayor. No tienes que recordármelo diciéndome 'señor'. Por favor, llámame Diego", me pidió.

"De acuerdo, Diego", le dije. "Le aseguro que cumpliré sus expectativas. Gracias de nuevo". Sonreí enormemente por primera vez en la entrevista.

"Mariana, soy yo el que te agradece. Muchas gracias a ti. Será lindo tenerte aquí", me dijo. Su mirada profunda como el mar escudriñaba en lo más profundo de mi alma.

CAPÍTULO DOS - DIEGO

Y con un cuerpo muy agradable. Había visto crecer a Mariana, por lo que en mi mente la recordaba como una pequeña. Era lo normal. Pero ya era una linda mujer. Muy linda. Cuando su padre enfermó y se hizo cargo de los asuntos familiares, así como de su posterior funeral, pude ver que ya era una mujer y que estaba preparada para enfrentarse a las peores circunstancias. Eso me había sorprendido gratamente. Ya no era una niña juguetona. Era toda una mujer, muy madura y preparada para lo que se le presentara.

Entendía que los acontecimientos con su padre habían sido pruebas muy tristes para ella. Y aunque no dejaba de sentir lástima por Mariana, mi simpatía por ella era mayor, pues yo mismo había vivido momentos muy dolorosos. Así que la lástima no era el principal motivo por el que la había contratado. Recordé a Fernando, y pensé que él estaría contento por haberla ayudado, pero esa tampoco era el origen de mi decisión de contratarla.

Su fuerte personalidad, su ímpetu y su sinceridad me habían demostrado que era una gran mujer. Me había asombrado tanto que la había contratado.

Había sido una demostración de voluntad que no había visto en ninguna mujer. Además, verla crecer y llegar a ser esa espectacular mujer que se posaba frente a mí, me alegraba. Era una mujer con muchos atributos, como su madurez, su extenso léxico y su infinita inteligencia. Por momentos olvidaba que era la hija de mi amigo Fernando.

Vi su rostro dorado y sus cabellos recogidos hacia atrás. Además, su cuerpo esbelto, corto de estatura, pero con curvas exuberantes, me pedía que la contratara. Me costaba entender por qué no había encontrado empleo aún, pero entendí que no tenía mucha experiencia laboral. Era un factor desventajoso que yo quería corregir. Su elocuencia le permitía mostrarme que tenía un amplio conocimiento de los asuntos de los que hablaba y que su inteligencia y habilidades superaban a los del resto de mis empleados.

Ser mi asistente sin duda le abriría otras puertas y le mostraría otras oportunidades, aunque quizás no era el empleo que buscaba.

Poco tiempo después, dejé de pensar en los requisitos del empleo y me deleité

viendo su cuerpo. Me asombré por hacer eso. Ella salía de mi oficina y yo veía su trasero. Su cuerpo tenía curvas y proporciones que habían crecido repentinamente. Sin duda, había crecido. Ya no era una chiquilla. Era una mujer extraordinariamente atractiva.

No tengo la intención de conquistar a tu hija, así que puedes estar tranquilo, Fernando, le dije en mi mente a mi difunto amigo.

Solo quería darle apoyo y protegerla. Pensaba en ella y su relación con su padre mientras ella salía de la oficina, pero mi celular sonó. Sabía por el sonido que era Dalia quien me llamaba. Tomé aire y me obligué a responder. Quise ignorar su llamada, pero sabía que eso solo sería peor.

Una andanada de reclamos empezó a salir por su boca. No pude saludarla.

"Tengo que ir a tu casa cuanto antes. Dejé allí mi..."

"Dalia, respira profundo. Tranquilízate. Ven a mi casa hoy cuando termines de trabajar y recoge todo lo que olvidaste", le dije.

"¿Estarás en tu apartamento?". Se sintió más calmada.

"Claro que sí", le dije. "Iré allí porque... vivo ahí". Hablaba con ironía.

Su voz sonaba lejana cuando empezó a responderme. "De hecho, *vivíamos* ahí", dijo.

El apartamento era mi propiedad. Dalia había vivido conmigo porque después de varias noches de sexo espectacular, se había quedado a pasar un tiempo. Había tenido problemas y estaba conmigo, pero las cosas no resultaron muy bien. Reclamaba demasiado. Era una mujer que me celaba de todas y quería decirme qué hacer y decir. Y lo que menos quería era regresar del trabajo y que una mujer me ordenara cosas. Así que no *vivíamos* ahí.

"Ven cuando termines de trabajar. Tranquila", le dije suavemente.

"¿Y a Japón también puedo ir?", me preguntó.

"No, Dalia", le dije. "No hagas que tengamos esta discusión otra vez". Tomé aire.

Presentía que volverían sus molestas palabras, su momento de celos y sus órdenes. Me arrepentí de haberle pedido que fuese a recoger sus cosas. Pensé en guardarlas y ponerlas en mi puerta para que ella las tomara al llegar, pero

pensé que sería descortés.

"Podríamos viajar y resolver nuestros problemas", me dijo. "Sería una linda oportunidad para ambos". Sonaba ilusionada.

"Iré a Japón por negocios, no por placer. Tampoco es una terapia matrimonial. No me acompañarás".

"Vas con otra mujer. Entiendo", dijo con molesta. "Estás con otra persona. Ya lo sospechaba".

Un fuerte dolor de cabeza y cuello se asomaba en el horizonte. Tomé aire y tapé el teléfono.

"Dalia, no se trata de eso. Voy a Japón por negocios. Había pensado llevarte porque tú me pediste que lo hiciera. No hay nadie en mi vida. ", le recordé.

Pedir no era la palabra que describía mejor las acciones de Dalia. Prácticamente se había arrodillado ante mí, había juntado sus manos y había rogado para que la llevara. Al final, me convenció. Ya no importaba, porque ella no iría.

"Los viajes de negocios se limitan al trabajo, por si no lo recuerdas", le comenté. Mi voz sonaba firme.

"También podrías tomarte una tarde para divertirte", me sugirió.

Habían pasado casi dos semanas, pero seguía insistiendo en verme. Me llamaba constantemente, me enviaba mensajes de texto a cada momento y pasaba por la oficina a recordarme que le hacía falta. Su voz irónica y su actitud me molestaban. Sentía mucha presión sobre mis hombros. En algún momento había pensado que no iba a poder lidiar con ella. Y mi convicción se había reforzado con su actitud reciente. Vivir con una chica que presionaba tanto no me gustaba para nada. Y no quería pasar mi vida en ello.

"Tengo asuntos que resolver en la oficina, Dalia. Debo irme", le comenté.

Imaginé que esa noche sería agradable, pues podría darle un cierre a su molesta insistencia. Tomaría sus cosas olvidadas y las dejaría en la puerta para que todo quedara atrás. Muy atrás. Pero ella no pensaría así. Yo lo sabía. Colgué la llamada y su voz altanera seguía sonando al otro lado del celular.

Dalia siempre encontraría algún modo de joder.

~ ~ ~ ~ ~

"Solo dejaste un cepillo de dientes que parecía el cabello de un león. Puedes llevarte la ropa de dormir que te presté mientras estuviste aquí".

Ella seguía caminando rápidamente por el apartamento. No me escuchaba. Tenía toda la intención de avanzar con mucha lentitud para simular que buscaba sus cosas. Su estrategia funcionaba. No conseguía más cosas, pero me conseguía a mí. Qué estúpido era de mi parte no haber pensado antes en eso.

"Pero mi reproductor de sonido estaba acá".

"Esos aparatos no se usan desde el siglo pasado", le recordé.

"No me importa si se usan o no. Solo lo quiero porque me pertenece". Dalia me vio como si quisiera matarme.

"¿Lo dices en serio?", le pregunté con asombro. "Me parece que solo inventas todo esto para venir aquí a hablar conmigo y tratar de convencerme de que arreglemos nuestras cosas".

"Diego, por favor", me dijo. "Ya deberías haberlo superado". Su cara se mostró extrañada.

Ya me sentía preparado para avanzar. Podría hacerlo, pero sería más fácil sin su presencia. Y también sabía que no había aparatos musicales de ese tipo en mi apartamento.

"Pero sí creo que podríamos cenar antes de tu viaje a Japón", sugirió. "Sin compromisos. Nos sentaríamos a conversar antes de que tomes un avión con una mujer que no conozco". Su voz ya sonaba calmada.

"Ya te dije que no iré con ninguna mujer", le dije en voz baja.

Pero Mariana me acompañaría. Le mentía a Dalia. La hija de Fernando ya era mi asistente. Si se lo contaba a Dalia, ella no lo vería de ese modo y empezaría con más reclamos. Decidí no decirle nada. Además, no tenía por qué contárselo. Ya no éramos una pareja ni nada por el estilo. No debía decirle nada sobre mí.

Sus ojos volvían a entrecerrarse. "De acuerdo. Fingiré que te creo", me dijo.

Con un cuerpo voluptuoso y su piel bronceada, sabía cómo atrapar a un

hombre. Era la típica chica de piel dorada del norte de Los Cayos. Mi mente y mi cuerpo sabían que Dalia nunca había dejado de ser muy linda. Ese hechizo me había seducido inicialmente. Su cuerpo me encantaba. Pero los rasgos de su inmaduro temperamento me alejaron de ella. Y esos rasgos se mostraban con mayor frecuencia, lo que me hacía sentir cada vez menos interesado en ella. Imaginé que ningún hombre podría sentirse a gusto a su lado. Quizás estaba llevando las cosas al extremo, pero la verdad era que ella no estaba haciéndose más joven. Y no cambiaba para bien.

Ambos sabíamos que esas cosas que buscaba realmente no existían. Dejó de buscar en una gaveta y me miró con malicia. Mordió su labio inferior, me rodeó con sus brazos y me vio como si quisiera devorarme. En el pasado, habría sentido una enorme erección y la hubiera desnudado allí mismo. Ahora, no obstante, no quería ni ver su rostro.

"Entonces me dices que no sales con ninguna chica", me dijo en un tono seductor. "En ese caso...".

"En ese caso nada", le dije con firmeza. "No quiero pasar por esto otra vez". La alejé de mí.

Sus labios se cerraron y sus hombros se tensaron. Me miró con molestia. Parecía que lo había ensayado. Dio unos pasos hacia atrás. Sospeché que se iría, lo que me hizo sentir feliz. Oí sus pasos y cómo se abría la puerta. Pero no se cerró. Escuché que sus pasos Ahora iban hacia la parte superior del apartamento.

Fui a buscarla, subiendo por los escalones. "¡Dalia! ¿Adónde vas?", le grité.

Ella giró y me miró. Me hizo un gesto para invitarme a subir. Sonreía con picardía.

"¿Pero qué carajo quieres hacer?", le espeté.

"Solo quiero ponerme una ropa más cómoda para ti y que podamos bañarnos en la piscina. Siempre lo hacíamos. No vas a lastimarte por bañarte conmigo ¿No te parece una buena idea? Hagámoslo otra vez en lugar de dejar esos lindos momentos en el recuerdo".

Fue por el pasillo y llegó a mi cuarto en solo segundos. No pude responder su petición.

“Bajo ninguna circunstancia haremos eso. Olvídalo”, le grité mientras caminaba detrás de ella. "Te pido que te vayas. Ya tienes tus cosas. Ahora vete. No te quiero en mi apartamento. Vete ya".

Estaba deseosa. Mostró su rostro al apenas salir de mi cuarto. "Diego, acostémonos antes de separarnos. Te lo prometo. Una vez más y ya".

No sentí ni el más mínimo deseo de hacerlo. Sabía que luego habría escenas y gritos. La vi desde la distancia. Dalia notó mi desgano y que ya no tenía ganas de hacerle el amor. No quise acercarme y bajó su cara. El llanto empezó a salir de sus ojos. Al parecer, podía percatarse de mi gran necesidad de que se fuese cuanto antes. Eso la había derrumbado. Estaba convencida de que me atraería de nuevo con su cuerpo desnudo.

Eso no había sucedido. Dalia era consciente de ello.

Yo había dado un paso para avanzar en un camino en el que no tenía opción de regresar.

CAPÍTULO TRES - MARIANA

Después de ver todo lo que había en mi ropero, comprobé que no tenía nada que me hiciera parecer profesional en mi primer día de trabajo. Sentí una inmensa desolación. No solo quería verme bien por el aspecto laboral, sino porque quería mostrarme linda... para Diego. Aunque no tenía el plan de lucir atractiva para él, si quería que me viera como una linda mujer que hacía su trabajo. Una profesional esmerada que se preocupaba por su apariencia Y de cuya contratación estaba satisfecho.

Sin duda, era uno de los hombres más atractivos que había pasado por mi vida, aunque no hubiera nada entre nosotros. Si me veía con un atuendo agradable y me decía algún halago o me veía de forma atrevida, me sentiría mucho mejor conmigo misma.

Pero yo sabía que siempre había mujeres sensuales y elegantes encima de él. Exnovias que querían volver a toda costa o modelos que querían tenerlo a su lado para crecer en sus carreras. Así que yo era consciente de que difícilmente me prestaría atención. Además, yo era la hija consentida de Fernando González. No dejaría de considerarme la jovencita que siempre lo había amado.

A pesar de todos esos pensamientos, me convencí de que debía cuidar más mi presentación personal. Tenía que tratar de mostrarme siempre de la forma más elegante posible, pues aparentemente estaríamos juntos mucho tiempo. Diego siempre estaba muy bien vestido, así que yo tenía que estar a su altura.

Como no quería usar una falda que se subiera y me avergonzara, decidí usar otra falda ajustada para el primer día de trabajo. Era un poco más larga, aunque no tanto, para no parecer muy anticuada. Me decidí por una de color azul oscuro que caía unos centímetros encima de mis rodillas. La acompañé con una blusa de tono rojo claro. Además, me decanté por unos tacones cortos y recogí mi cabello. Pinté mis labios con un suave rosa. Me vi en el espejo y me pareció que era toda una asistente de una gran empresa. Una mujer muy atractiva, proporcionada y con tantos atributos corporales, que le demostraría a Diego que ya era lo suficientemente adulta para él.

Unos minutos antes de que él llegara a su oficina yo ya estaba en la empresa. Cuando llegué, sentí estaba donde tenía que estar. Tenía café en mis manos y estaba ya preparada para iniciar su agenda. Había dos tazas entre mis dedos, una para él y otra con mi favorito. Yo ya sabía cómo le gustaba su café matutino pues mi padre me lo había dicho. Estuve muy atenta de todos sus gestos, de todos sus hábitos. Todo ese esfuerzo y atención habían valido la pena.

Finalmente había conseguido mi primer empleo, en una gran empresa, que dentro de poco me daría la oportunidad de viajar a Asia en poco tiempo. Sería el viaje que cambiaría mi vida por completo. En cuanto a mis aspiraciones laborales, obviamente. Caminé con nerviosismo. La alegría me superaba.

Fui a su oficina, pero su puerta estaba cerrada. Me asomé por la ventana para que me viera. Noté que conversaba telefónicamente. Su mirada no era de alegría. Me pidió pasar con su mano. Le dejé su taza de café en su escritorio. Sonreí ampliamente.

"Dalia, estás interrumpiendo mi trabajo", dijo con firmeza.

Sabía quién era Dalia. Solían venir a visitarnos en casa con alguna frecuencia. Era una de sus exnovias y no me impresionaba. Era una chica artificial más del Distrito de Las Villas. Y, además, quería su dinero por encima de todo. Tenía silicona en sus senos y sus labios hinchados de botox. Me costaba entender qué había visto Diego en ella, además de, por supuesto, sus senos moldeados en un quirófano. Las mejores tetas que un cirujano podría haber construido. Quizás habían sido pagadas por Diego.

"Puedo volver en un rato", le dije.

Me pidió con su mano derecha que me sentara justo frente a él, en su escritorio, y negó con su cabeza para que yo no saliera. Acaté su orden.

"Dalia, debo irme", dijo. "Nos vemos luego". No ocultaba su molestia

Con esa frase terminó la conversación. Me vio. Noté su agotamiento y su molestia. Sabía que le gustaba madrugar, tomar café fuerte en la mañana y llegar a la oficina incluso antes de que se abrieran las puertas. Eran las mismas costumbres de mi papá, pero por primera vez, lo veía sumamente exhausto. Cuando vi el reloj y supe que iban a ser las ocho en punto, pensé que Diego se desmayaría frente a mí.

"Mariana, te agradezco lo del café", me dijo. "Eres un ángel. Gracias a Dios que llegaste".

"Me da la impresión que te hace mucha falta", le comenté. Me arrepentí de haberlo dicho. "Es decir, aún no has tomado café hoy, así que...".

Él sonrió. Su cara era de asombro. "No entiendo cómo sabes que...". Tomó un trago del café humeante.

Guiñé un ojo, queriendo ganar su confianza. "Porque siempre estoy atenta", le dije. Esperaba que no fuese muy atrevido de mi parte. "Mi padre siempre me ordenaba que les trajera café cuando venía a reunirse contigo".

"Confieso que no dejas de impresionarme".

Estaba contenta conmigo misma por recibir esa frase de halago apenas unos minutos después de empezar a trabajar. Una sonrisa de alegría se apareció en mi rostro. Y no me importaba si se refería a la atención que le prestaba al café.

"Solo quiero cumplir sus expectativas, Diego. Perdón, señor González".

Lo que decía de forma adecuada era seguido por una frase que decía de forma totalmente incorrecta. Me pareció que mis nervios estaban traicionándome de nuevo.

"Lo que trato de decirle es que por un tema de respeto tal vez debo referirme a usted como señor González", dije entre titubeos. "Pero me cuesta hacerlo".

"Puedes llamarme Diego. No te preocupes", dijo. "No me siento cómodo escuchando otra forma de llamarme". Ya estaba sonriente.

Ciertamente, decirle de otro modo era incómodo. No solo para él. También para mí. Siempre lo había visto como un miembro más de mi familia. En el fondo, seguía siendo Diego en mis pensamientos y mi pasado. Yo lo había llamado así desde que lo había conocido. Además, no me gustaba mucho la idea de usar referencias tan formales con las personas conocidas, aunque fuesen mayores. Y si a Diego no le gustaba porque lo hacía sentir mayor, mejor para mí. Él no era tan anciano, aunque ciertamente me llevaba varios años.

Cuando lo pensé de nuevo, creí que quizás me atrevía a llamarlo de esa forma porque quería estar con alguien de nuevo. Ignoraba que había una gran diferencia entre nuestras edades y así me haría la ilusión de que pudiéramos tener algo. Una esperanza no me mataría.

Me puse recta y crucé mis piernas. "De acuerdo... Diego", le dije. "¿Qué haremos hoy? ¿Qué me ordenará en primer lugar?".

"Creo que hay una chica que quiere aprender todo", me dijo.

"Siempre quiero aprender si eres tú quien va a enseñarme", le dije. Sonaba como si quisiera ser cortejada por él, aunque esa no era mi intención.

De todos modos, me costaba convencerme de que no fantaseaba con Diego. Era imposible no imaginarlo haciéndome el amor y me poseyera sin pensar en nada más. El rojo en mis mejillas delató mi deseo. Tuve que contenerme.

"Perfecto, Mariana", me respondió. "Te enseñaré lo que haremos". Hizo caso omiso a mi silencio.

CAPÍTULO CUATRO - DIEGO

La hija de mi gran amigo, el mejor amigo que había tenido, era muy sexy. Que Mariana fuese tan atractiva solo dificultaba las cosas. Además, mi mejor amigo ya estaba muerto. Recriminé mis pensamientos y le pedí disculpas en mi mente a Fernando. Sentí que me sobrepasaba con su hija por verla de ese modo. Era algo totalmente fuera de lugar.

De todos modos, no sabía en qué momento Mariana había dejado de ser una niña para convertirse en una chica tan espectacular. Carajo.

Estaba frente a la atractiva hija de mi amigo, con una boca que invitaba a besarla con lujuria. Ella estaba ahí, con su sonrisa amplia, pero yo no podía dejar de ver sus senos asomarse sobre el escritorio. Sacudí mis pensamientos y me obligué a ver su mirada. Me convencí de quedarme ahí, pero comprobé que tampoco era la mejor solución. Sus ojos verdes y esbeltos como un bosque iluminaban la mesa. Recordé la belleza de su madre y que Fernando y yo lo hablamos en par de ocasiones. Lo felicité por haber elegido a una mujer tan hermosa.

Podría comprometer todo el trabajo si seguía viéndola con tanto deseo. *Tienes que parar*, me dije. *En este momento*. Ya era mi asistente, así que debía dejar de pensar en ella como alguien con quien me podría acostar. Era mi asistente y, además, la hija de Fernando. Sabía por mi amplia experiencia que ella había estado en mi oficina cuando era solo una niña y su padre y yo firmábamos importantes acuerdos de negocios mientras ella gritaba y jugaba.

Habían sido los días inaugurales de mi empresa.

Su mirada cándida me recordaba su infancia. "Diego, ¿puedo preguntarte algo?", me preguntó.

Su inocencia infantil no había desaparecido completamente. Mariana me mostraba una genuina sonrisa. Sus labios se abrían y aparecían par de agujeros en sus mejillas. Con esa expresión logré silenciar mi mente inquieta.

Tomé aire. "Lo que quieras", le dije.

"Guardas mucho silencio. Quería preguntarte si hay algún problema".

"Anoche tuve problemas con mi sueño. Hasta tuve pesadillas. Debo disculparme".

"Entiendo. ¿Y tu relación con Dalia está bien?", me preguntó.

Me pareció que actuaba como una terapeuta, ansiando mi respuesta para analizar mis sentimientos. Se apartó de su agenda y su bolígrafo y se inclinó con expectativa.

"Ya no somos Dalia y yo. Hace algún tiempo. Lo único que quiero es dejarle todo claro, pues parece que olvidó que nos separamos hace unas semanas", le informé.

Imaginé que Mariana conocía esa parte de la historia, pero en ese momento supe que no era así. Su vida había sido un torbellino. Seguramente le habría costado buscar tiempo para saber sobre mis relaciones. Sin duda, la enfermedad de su padre y su posterior muerte le habían robado todo el tiempo.

"No lo sabía. Lo siento", dijo ella.

Realmente no parecía sentirlo. Y era normal. Dalia le parecía desagradable a mucha gente, incluyendo a Fernando y Alba, los padres de Mariana. No habían tenido reservas para decirme que no me convenía esa mujer y que eventualmente me causaría varios inconvenientes. Eso, sin mencionar que no habían hablado del dinero.

"No te preocupes", le respondí. "Ya no me gustaba".

Me pareció que quería decir algo, pero se frenaba. Abrió sus ojos de par en par.

"Mariana, hazlo", le pedí. "No puedo evitar ver qué quieres decirme algo. Esa será una regla aquí: nada de secretos entre nosotros. ¿Te parece?".

No podía contarle mi secreto sobre las ganas que tenía de ver sus senos en mi cara, pero eso me parecía secundario.

Ella bajó sus ojos. Unos segundos después me vio. "No es mi función decir una opinión sobre estos temas tan personales".

"Puedes decir tu opinión sin problemas", le dije, y sonreí. "Sentías lo mismo que sentía mucha gente. Entiendo perfectamente que Dalia no era de tu agrado".

Mariana rió con mis palabras. También sonreí para que ella se relajara, pero no escondía su nerviosismo. Quería cambiar el tema rápidamente, decir alguna frase positiva. Sabía que ella siempre tenía la voluntad de resaltar algo positivo de todas las personas. Incluso habría dicho algo positivo de los peores dictadores del mundo si alguien se lo pidiera.

"Me pareció raro que fueses su novio. No sé qué le viste. Te veo como un hombre elegante, con mucho dinero y además tienes mucho atractivo", confesó. "Tienes la posibilidad de elegir, pero te decidiste por una rubia artificial, interesada en el dinero y fría".

"Vaya, Mariana. Tu sinceridad me impresiona". Sus palabras me hicieron pensar dos veces si realmente le gustaba buscar atributos en todas las personas que conocía.

Se tapó sus labios y abrió bien sus ojos. "Bueno, no quería incomodarte", me dijo. Volvió a verme y su mirada se quedó un largo rato sobre la mía. "Quizás si me hubiera callado esto no habría pasado. Me parece que me sobrepasé".

"Para nada", le comenté. "No hay ni un solo gramo de mentira en tus palabras. Lo único que exageraste es lo de mi atractivo. No me considero un hombre tan espectacular como me describes". Le mostré una expresión de tristeza.

"Diego, no seas tan humilde", me dijo. "Los dos sabemos que estás buenísimo". Estaba sorprendido.

Vi su rostro. Mi boca estaba abierta de par en par. Sus palabras no dejaban de impresionarme. Buscaba las frases adecuadas para expresar mi gratitud, pero sin parecer como un viejo baboso y pervertido, que pensaba en otras insinuaciones.

Una sonrisa de nervios salió de mis labios sin que yo pudiera hacer algo al respecto. "Agradezco tus sinceros elogios", le dije.

Mariana veía sus dedos, los llevaba a sus rodillas y luego volvía a subirlos. Se notaba que buscaba qué decir para quebrar ese hielo entre nosotros y retomar el tono ameno de nuestra conversación. No lo lograba. Hubo un rato lleno de silencio. Esos segundos parecieron infinitos.

Sonrió levemente. "Cada vez que hablo digo algo imprudente, ¿cierto?", me preguntó.

"Nada de eso", le dije. "Nos tenemos tanta confianza que podemos hablar con tranquilidad sin que eso nos afecte. A mí me parece bien. Para mí, tus palabras no son algo que signifiquen algo serio".

Algo serio. Cómo no. Estaba hablando de mí, un señor con la edad suficiente como para ser su papá. ¿Cómo no sentirme inflado de egocentrismo cuando mi hermosa asistente Mariana González me veía como un tipo atractivo? No podía dejar de sentirme halagado al recibir ese cumplido de parte de una chica joven y enérgica como ella. Una chica que apenas culminaba sus estudios universitarios y que seguramente tendría a cientos de jóvenes ansiosos invitándola a salir. Y esa chica pensaba que yo estaba buenísimo.

Quizás para Mariana había sido un simple comentario inocente que había dicho para romper el hielo, pero para mí era algo más que eso. Sus palabras sí habían sido algo serio. Por lo menos para mí.

Unas horas después, decidí pasar por el escritorio de Mariana. La vi haciendo copias de algunos documentos. Veía por la ventana y no notó que me acercaba. Estaba casi arrodillada y concentrada en la fotocopidora. La máquina estaba sacando más copias de las que ella quería. Estaba molesta. Lo supe porque dijo varias groserías, seguidas de varias maldiciones. La vi y guardé silencio mientras sonreía. Solo podía ver ese rico culo frente a mí. La vi por tanto tiempo que no pude evitar que me descubriera al darse cuenta. Nuestras caras se llenaron de vergüenza.

Cerró sus ojos y su boca. "Santo cielo, Diego", dijo Mariana. "Si hubiera sabido que estabas ahí no me hubiera expresado de esa manera".

No pude evitar reír. "Te entiendo. La máquina falla con frecuencia", le dije.

"De todas formas debo cuidar mi lenguaje".

"Olvida eso. No le prestes atención a esas pendejadas", le dije. "Nos tenemos confianza y sabes que eso no me importa. Puedes estar tranquila".

Su sonrisa era un espectáculo que despertaba la alegría en mi alma y mi corazón. Dije varias groserías abiertamente para que ella sonriera y se sintiera calmada.

Mordió su labio inferior y guiñó un ojo. "Si estás de acuerdo, entonces no tendré problema", me dijo. "Obedeceré tus órdenes. Eres mi jefe".

Respondí su guiño con el mismo gesto. "Recuérdalo siempre", le dije.

Sabía que había un ambiente de cortejo entre ambos, pero esa era precisamente lo que quería evitar. Era lo que menos quería que pasara entre los dos: que hubiera un ambiente propicio para el coqueteo.

¿O sí quería que lo hubiese?

Ya me hubiera quitado la ropa para hacerle el amor, pero la había respetado porque la hija de mi mejor amigo Fernando. A fin de cuentas, no me fijaba en su edad. Y no porque quisiera tener sexo casual o algo así. Pensaba que, si me parecía una buena persona, como ella, podría atreverme a pedirle salir conmigo. Pero no lo hacía porque conocía bien a toda su familia y me parecía que era un límite que debía respetar.

Además, Mariana era una excelente mujer. No era una chica como para simplemente acostarse con ella. Con múltiples virtudes, como su inteligencia, bondad, madurez y valor. Todo lo que haría feliz a un hombre. Ella merecía a un hombre que estuviera a su altura. Obviamente yo no era ese sujeto.

"¿Te gustaría almorzar conmigo? Podríamos pedir lo que quieras", le sugerí.

"Quedaré satisfecha con lo que te parezca bien, así que dejaré que tú pidas", me respondió.

Apenas empezaba a trabajar, por lo que no trataría de decidir en lugar de dejarme decidir a mí. Sabía que diría algo así. Adicionalmente noté su indecisión, así que me aventuré a buscar algunos restaurantes que pudieran gustarle.

"¿La comida asiática te parece una buena idea? La acompañaríamos con un buen vino, aunque sea un poco temprano".

"Eres el jefe y decides. Una bebida no me caería mal, aunque sea temprano".

"Y tú eres la asistente del jefe", le dije. "Hagámoslo. Algo de entretenimiento no nos haría daño. Trabajamos muchísimo".

"Pero si hoy apenas he sacado algunas copias", dijo riendo.

"Es lo bueno de ser el jefe o su asistente", dije mientras encogía mis hombros.

CAPÍTULO CINCO - MARIANA

Almorzaba con mi jefe en un restaurant de comida asiática en un lujoso restaurante de Los Rosales. Me costaba asimilar lo que pasaba. Hacía solos unos días, desempleada, jamás hubiera pensado que eso me pasaría. Si bien tenía claro que era solamente un almuerzo laboral y no la cita que había tenido en mis sueños durante años, me hacía sentir muy contenta.

Diego estaba frente a mí. Noté cómo las otras mujeres en el restaurante me lanzaban miradas envenenadas, como dardos envidiosos, por mi compañía. No pude evitar burlarme de ellas en mi mente. Él lucía atractivo y masculino, como siempre. Me perdí en sus radiantes ojos y no me di cuenta de cuánto tiempo pasé allí. Cuando reaccioné, decidí mirar para otro lado.

"Me gustaría conversar sobre Japón. ¿De cuántos días hablamos?", le pregunté, recordándole el viaje del que apenas sabía algunas cosas.

Tomaba una copa de vino tinto. "Creo que estaremos unos cuatro o cinco días", dijo.

Yo solo había tomado agua. No había tomado licor, aunque mi copa estaba al frente. No sabía si era prudente tomar alcohol mientras estaba en un almuerzo laboral, sobre todo con Diego frente a mí. Sabía que sufría de incontinencia verbal, aun estando sobria, así que no podía ni imaginar las cosas que diría si metía alcohol en mi sangre.

"Podríamos pasar uno o dos días para que recorras la ciudad o conozcas lugares atractivos si quieres hacerlo", añadió.

Claro que quería hacerlo. Pero me preocupaba cómo sería convertir un viaje de negocios en un viaje de placer. Con Diego. Poner placer donde solo había negocios no me parecía lo más adecuado. Estaba llevando todo a un ámbito muy personal. Todo se complicaría y seguramente, en algún momento tendría que renunciar.

"Lo que decidas me parecerá lo mejor, jefe. El solo hecho de ir ya me hace feliz", le respondí.

Ciertamente, estaba feliz. Muy feliz. Japón era uno de mis destinos soñados,

pero con tantos problemas pensé que jamás iría. Me costaba comprender que realmente eso me pasaba a mí. Era como una experiencia irreal cambiando mi vida por completo. Iríamos de negocios... en su avión privado.

Guiñó su ojo. "Haré todo para que la pases muy bien", me dijo.

"Claro que sí. No me cabe duda de eso, Diego", le respondí.

Paramos de hablar. Era la consecuencia de haber dicho una frase que inicialmente era cortés, pero que se había convertido en un indicio de coqueteo, a pesar de que no había querido hacerlo. O tal vez sí. Ya no tenía claro lo que quería. Lo que sí sabía era que no podía aspirar a tener algo con él. Era parte de mis sueños desde que era una niña, un hombre al que había admirado, pero no podía plantearme comenzar algo con él. Estaba fuera de mi alcance. O, dicho de otra forma, era yo quien estaba fuera de su alcance. El incómodo silencio se mantuvo en el aire.

"¿Este restaurante es uno de tus favoritos?", le pregunté mientras veía el majestuoso sitio.

Solo las celebridades y personas adineradas como Diego podrían pagar una cuenta en un lugar como ese. El restaurante era un sitio de lujo. Mientras pensaba en eso, vi un rostro que me pareció conocido. Por poco me ahogo al verla.

"Mariana, ¿pasa algo?", me preguntó Diego. Volteó y encontró la respuesta a mi reacción. Dalia se acercaba y gritaba desde su lugar.

Su cara estaba tensa. "¿Diego, qué carajo estás haciendo? ¿Vienes con una mujer a *nuestro* restaurante favorito?", dijo con su voz alzada.

Aunque nos habíamos visto, supuse que no me reconocería, pues no parecía tener buena memoria. Además, me pareció que, si me consideraba de una clase social inferior, no se tomaría la molestia de hablar conmigo decentemente, a menos que pudiera pensar en sacar algún beneficio de mí. Escondí mi cara para evitar que supiera quién era yo.

"Dalia, no es lo que parece. Ella solo es la asistente que contraté", respondió Diego. Sus manos estaban en el aire.

Estaba justo frente Diego y sus brazos estaban cruzados en su pecho.

"¿Ahora tienes una maldita asistente? Hasta donde recuerdo, jamás necesitaste

una", le soltó.

No pude evitar sentirme incómoda. Dalia tenía un largo vestido oscuro que se ceñía a su cuerpo. Aparecían sus senos casi por completo y su amplia cabellera dorada se desparramaba en su espalda. Sus ojos estaban ampliamente maquillados, al igual que el resto de su cara. Sus enormes tacones le aportaban una presencia que me dejaba como una hormiga ante un elefante.

Vi las palmas de mis manos para no tener que fijarme en las caras curiosas de la gente que nos miraba. Luego la vi de reojo, y recordé que no entendía cómo Diego pudo haber sido su compañero sentimental. Sospeché que había actuado como un hombre más, movido por su instinto sexual. Un hombre interesado por una rubia con el cabello dorado y ropa que mostraba más de lo que ocultaba.

"¿Diego, ¿cómo te atreves? Este es nuestro lugar, nuestro restaurante. Ahora lo deshonoras trayendo a esta zorrita", dijo, cada vez más tensa.

"¡Un momento! Te agradezco que me hables con respeto, Dalia", le grité.

Ya su cara temblaba. "Sabes cómo me llamo. ¿Quién te dijo mi nombre?", me preguntó.

"Fernando González era mi padre. Tú y yo ya nos conocemos", le recordé.

Noté que frunció su ceño y trató de recordar. Sin embargo, volvió a hablar sobre lo que estaba reclamando. "¿En qué te has convertido, Diego? ¿Ahora conquistas a las hijas de tus amigos? Solo quieres carne de jovencitas".

"Dalia, dejarías de hacer el ridículo y te explicaríamos todo si te calmaras, aunque no tengo por qué darte los detalles de lo que hago".

"No, idiota, creo que no me debes ninguna explicación", le dijo. "Solo vine para recordar los lindos momentos que vivimos aquí, y me encuentro la desagradable sorpresa de que viniste con tu pequeña zorrita. Eres un pendejo". Rápidamente tomó un vaso de agua y lanzó el líquido sobre la cara de Diego.

Nadie era ajeno al espectáculo. Imaginé sus pensamientos sobre nosotros. No dábamos precisamente una buena imagen. En absoluto. Caminó hacia el lugar en el que estaba inicialmente. Su cara estaba empapada de llanto. Entonces Diego volvió a tomar asiento. Yo estaba muy molesta. Jamás había recibido tal

cantidad de adjetivos tan negativos. Dalia no tenía razones para tratarme de esa manera, y menos en público.

"Dalia", le dije. Me levanté.

Ella escuchó y giró hacia mí. Pensé que me daría algunos golpes, pero luego vi sus uñas e intuí que no querría dañar su pintura. Caminó con sus manos en su cintura y su rostro rojo de rabia.

"Puedes pensar lo que te salga del trasero", le dije, "y si quieres, sigue comportándote como una niña malcriada. Estás dejando una mala imagen, nosotros no. Vinimos a almorzar y a hablar de asuntos de la empresa, lo que solemos hacer las personas que trabajamos. Supongo que tú no sabes de ese tema. Por otro lado, creo que Diego es un gran ser humano. Pensó que le debía un favor a mi padre y me contrató. Mi papá falleció. Era su mejor amigo. Fin de la historia. No hay nada más que contar".

Tomé aire y volví a mi silla. La calma llegó a mi cuerpo después de decir esas palabras. Diego me respondió sonriendo. Su rostro lucía sorprendido. Los comensales me miraron sin decir nada. Yo misma no esperaba ser tan impulsiva, pero me había complacido decirle la verdad a una mujer como ella.

Dalia abrió su boca para hablar, pero no la escuchaba. Solo veía a Diego y trataba con todas mis fuerzas de no reírme a carcajadas por lo que le había dicho.

Pero Diego empezó a reír. Y yo también. Nuestras bocas soltaron unas sonoras carcajadas. Ella volvió a soltar expresiones de ira por su boca y salió del restaurante con sumo enojo. Los dos disfrutamos al verla salir y sentir que habíamos hecho lo correcto. Era como si solo quedáramos él y yo en el lugar, comiendo y haciendo chistes sobre las palabras de Dalia.

~~~~~

"¿En serio estás hablando de ir a Japón? Luce precipitado", me preguntó mi mamá cuando cenábamos.

"Mamá, soy su asistente. Me necesita", le dije. "Es usual que viaje a países lejanos. Y será habitual que vaya con él. Es un beneficio del trabajo". Encogí mis hombros.

Tenía muchas dudas. Su cara lo demostraba. "Tal vez", me respondió.

Sentí que poco a poco me transformaba en ella, solo que más joven, pero que inevitablemente hasta mi forma de peinarme era la misma de mi madre. Éramos muy parecidas en muchas cosas. Sin embargo, aunque mi físico y mis hábitos fuesen parecidos, mi personalidad no tenía ningún rasgo en común con la de ella. Y eso no cambiaba a pesar del paso de los años.

"Mamá, me siento feliz por haber obtenido este empleo. Mi papá estaría orgulloso", le dije. "Trabajar con Diego, poder ir a Japón o a cualquier lugar para ayudarlo a finiquitar algún negocio son cosas que no pensé que me sucederían ni en mis sueños más optimistas".

Mi madre me oyó hablar sobre las bondades de mi nuevo empleo. Se limitaba a sonreír y mover su cabeza como señal de afirmación. Tomó un sorbo de vino. "Qué buena noticia", decía luego de comer un trozo de carne. No sabía si realmente me prestaba atención. Parecía que ese estilo de vida no le atraía. Los negocios habían sido parte de la vida de mi papá mientras ella se quedaba en casa.

Una vez que papá falleció, mi madre siempre había parecido distraída. Quizás mi padre sí hubiera logrado captar su atención. Pensé que ella ya no quería vivir. Traté de dedicarle más tiempo, para que recordara que me tenía y que valía la pena vivir. Eso implicaba en ocasiones como esa hablar de temas que claramente no le interesaban, como mi trabajo y todos sus detalles.

"A estas alturas, creo que tienes una amena relación con Diego", dijo mamá. Sonaba extrañada.

"Es verdad", le respondí. "Diego me parece un hombre excelente, un gran profesional. Al poder compartir todos los días en su oficina me doy cuenta del porqué de sus años de amistad con mi papá. Tiene grandes atributos, como su inteligencia y su dedicación al trabajo". Ya mis mejillas empezaban a ruborizarse.

Dejó su copa de vino en la mesa y me vio por un rato. "Interesante...", me dijo mamá. "¿Solo te parece un gran profesional? ¿No sientes nada más?".

"Mamá, ¿cuál es tu punto?". Hablaba con sinceridad. Tanto, que me sorprendió.

"Mi punto es que quizás tu enamoramiento infantil por Diego te traiga algunos

problemas. Solo eso, hija".

Noté que el rubor de mis mejillas era incontrolable. "Fue un amor infantil, como dices", le dije.

Todos habían notado mi enamoramiento por él. Todos mis cuadernos y las paredes de mi cuarto estaban llenas con su nombre. Había sido muy evidente. Hasta Diego se había percatado de mi amor por él, pero ahora solamente esperaba que él tuviera mala memoria y no recordara esa fase de mi vida.

"Le agradezco la posibilidad que me da para poder crecer en la empresa y en el mercado laboral. Y punto final", le dije. "Y sí, admiro todas esas cosas buenas de su personalidad", le confesé, "pero aplicadas en su empresa. Nada más".

Había algo más que simple admiración por Diego, pero mi madre no se enteraría. El punto final era solo una parte de la mentira que yo repetía para convencerme de que podía engañarme a mí misma. Mi corazón sabía que deseaba con ansias a Diego. Era imposible explicar mi necesidad con palabras. Entonces sería mi secreto. Un enamoramiento infantil que seguía ahí, y que ya era un amor adulto, del cual yo era más consciente, pero que no se ajustaba a mi realidad.

# CAPÍTULO SEIS - MARIANA

"Imagino que ya te sientes preparada para ir a Japón", me dijo Diego. Íbamos hacia su avión. "Recuerda que te pedí llevar un traje de baño. El agua es fenomenal. Te encantará la piscina del hotel donde nos quedaremos, así que espero que no lo hayas olvidado".

Yo me sentía cómoda con mi anatomía, pero sabía que Diego se había acostado con mujeres sumamente atractivas. Eran mujeres con cuerpos espectaculares, que incluso algunas modelos envidiarían, y yo era una chica... normal. No podía lucir como ninguna de ellas, así que saberlo solo me hacía sentir más nerviosa. Así que ponerme un traje de baño para que Diego viera mi cuerpo no era precisamente la idea que más me atraía en ese momento. Mi cuerpo estaba bien, pero ¿acaso a alguna mujer le gustaba lucir un traje de baño sin llegar a sentirse nerviosa?

"Lo empaqué entre mis cosas, Pero solo en un caso extremo, porque la idea es hacer mi trabajo y que este viaje sea principalmente de negocios", le dije con suavidad.

"Puedes lograr el equilibrio entre tu trabajo y el esparcimiento. Si trabajas tanto, en algún momento tienes que abrir un espacio para divertirte", me dijo mientras tocaba mi hombro.

Me dijo algunas frases con firmeza, prometiéndome que los agentes de seguridad ya sabían que Dalia no iría con nosotros. Dalia aún lo llamaba y le enviaba mensajes de texto, lo que enojaba mucho a Diego, pero él no podía evitarlo. Era previsible que ella iría con él en ese viaje, pero que las circunstancias habían cambiado el panorama. Sin embargo, él quería cerciorarse de que ella no se apareciera repentinamente para tomar el vuelo. Aunque parecía un escenario extremo y ridículo, nada que ella hiciera de ahora en adelante me asombraría.

Nos dirigimos a nuestras butacas. "No hay piedras en el camino, señor Olivos", dijo uno de los integrantes de la tripulación.

Sospeché que esa expresión era el equivalente a "Dalia no está aquí".

"Es bueno saberlo. Te agradezco la información, Samuel", respondió.

Cuando me senté, me percaté de que había dos copas de un espumante champán esperando por nosotros. Diego me extendió una, tomó un sorbo de su bebida y se reclinó en su butaca. La vi y me fijé en el avión. Imaginé que podría acostumbrarme a vivir como un actor famoso si seguía tomando estos vuelos largos. Por primera vez tomaba un vuelo en un jet privado.

El avión de Diego era pequeño. A lo sumo cabrían cuatro personas, que era el número de butacas disponibles, pero no había nada más. Las butacas eran cómodas y se reclinaban lo suficiente como para poder dormir plácidamente, tomando en cuenta que Diego solía tomar viajes largos. Contaban con cortinas que se podían deslizar en caso de que la persona no quisiera que interrumpieran su sueño.

*Puedo viajar aquí y adaptarme a vivir de esta manera*, me dije. Pero luego decidí que no sería tan buena idea. Solo era un trabajo y no sabía cuánto tiempo lo tendría. Diego me daba esa oportunidad laboral por mi padre, pero yo sabía que otra empresa no me buscaría por esa razón. Incluso Diego no me haría otros favores como ese, a pesar de que era su empleada.

Vi el aeropuerto mientras el avión tomaba vuelo. Él parecía cansado y entendí que en cualquier momento se quedaría dormido. El vuelo sería bastante largo y tarde o temprano sus ojos cederían al agotamiento. El cielo se abrió ante nosotros y guardé silencio.

"Puedo poner música si quieres", me dijo.

"Por mí está bien".

Su dedo índice tocó un pequeño botón en su reposabrazos. Un piano empezó a sonar. Era música relajante. Recordé que mi padre era un aficionado de la música instrumental. Mis lágrimas salieron de mis ojos en estampida. Cómo me hubiera gustado no llorar en ese instante. Vi por la ventana, tratando de disimular mi dolor.

"Mariana, lo lamento mucho", dijo Diego. Su mano tocó el botón y la música paró. "Había olvidado que tu padre también amaba el piano". Su voz era suave.

"Tranquilo, Diego", le respondí. Sequé mi llanto con un pañuelo. Sonreí como pude. "Puedes dejarlo sonar otro rato. De hecho, me gusta".

Estaba sorprendido. "¿Te parece?", me preguntó.

"Así es".

Sus dedos volvieron a tocar el botón, aunque Diego no estaba muy convencido de hacerlo. El piano volvió a sonar y me dejé llevar por la música mientras cerraba mis ojos. Me vi a mí misma en el estudio de mi padre mientras él escuchaba las relajantes melodías. Evoqué los comentarios de mi madre. Ella decía que la música lo hacía sonreír. Mi padre podía ser un hombre muy romántico, así que cuando sus labores se lo permitían, llevaba a mi madre a bailar, y cuando no se lo permitían, bailaba con ella en su oficina. Muchas veces los descubrí bailando en la oficina al ritmo de música movida.

Inevitablemente, el sonido de las teclas del piano me llevó a esos momentos. Era agradable suplantar la tristeza de mis recuerdos con emociones más agradables. Habían sido momentos de amor y mucho romanticismo.

Diego me veía cuando abrí mis ojos al cabo de un rato. Quise saber lo que pasaba por su mente en ese momento, pero me aterraba pensar que me daría una respuesta que no me agradaría. Tal vez pensaba que haberme llevado había sido una mala idea o que mi padre también viajaba con él, lo que me entristecería de nuevo. Me molestaba escuchar frases de lástima. Era la reacción habitual de muchas personas: sentir pena por mí. Él, no obstante, no me veía con esa cara. Sentí que me veía como si sintiera respeto, o incluso admiración, por mí. Se veía culpable. Vi sus ojos, pero rápidamente vio hacia la ventanilla. Como si no quisiera pensar en lo que pensaba o se recriminara por querer decir las cosas que finalmente no se atrevía a decir.

Solo quería saber lo que pensaba. Su reacción que solo alentó mi curiosidad.

"Diego, ¿quieres decirme en qué pensabas?", me animé a preguntarle.

# CAPÍTULO SIETE - DIEGO

¿Cómo confesarle que pensaba que era una mujer atractiva, con una fortaleza admirable como la de su papá y que admiraba cada cosa que hacía o decía? Si bien no podía fingir que no estaba asombrado por su pregunta, entendí que debía evadir su interrogante con frases que no me delataran. Si lo admitía para que sus oídos me oyeran, podríamos tener problemas.

Yo había sido el mejor amigo de su difunto padre y tenía muchos años más que Mariana, por lo que no debía pensar en ella como mujer, así que no debía expresar mi admiración de ese modo. Entonces decidí reservar mi profunda admiración para mis pensamientos más lejanos.

"Nada serio. Solo que cuando te veo, recuerdo a tu padre", le dije. "También me recuerdas a tu madre. He notado que heredaste lo mejor de ambos, lo que me parece estupendo". Pensaba que esas frases sonarían más adecuadas para ese momento.

Veía a Mariana y me parecía que ella era una especie de hija para mí, pero me extrañaba al descubrirme a mí mismo al verla de ese modo. Siempre había pensado que tener hijos no era una buena idea, pero cuando empecé a envejecer, me arrepentí de no haberlos tenido. Y ella ya era una linda mujer, con planes, talento y atractivo por todos lados. Ya la habría seducido si las condiciones fuesen distintas. Incluso me convencí de que podría tener una relación seria con una chica semejante a ella.

Dalia era solo una más de una larga lista de mujeres que llegaban a hacer añicos mi presente. Mis antecedentes románticos no habían sido precisamente los mejores que un hombre pudiera tener. Parecía que tenía un imán que atraía a todas las chicas con graves problemas emocionales.

Quizás era yo quien las buscaba sin darme cuenta. Quizás no eran ellas las problemáticas. Todas cumplían con mi prototipo favorito: senos operados, labios grandes, cabello lleno de tinte y grandes curvas. La belleza artificial no me parecía tan agradable como la belleza natural, pero las mujeres naturales e inteligentes como Mariana me causaban un profundo pánico. Una mujer tan talentosa y lista para emprender todos los planes que se propusiera, me hacía



sentir presionado.

Presión que sentía en ese momento. Pero solo sentía eso, porque no me aterraba con la presencia de Mariana. Ella no me asustaba para nada.

Vi que se veía las palmas de las manos, un hábito que no había abandonado nunca. Lo hacía cuando estaba nerviosa o simplemente quería guardar silencio. La delataba. Nunca había dejado de ser una chiquilla muy inocente, pero capaz de mostrar su valor y plantar cara ante quien la ofendiera. No estaba dispuesta a soportar que alguien quisiera pasarle por encima, como me había demostrado en el restaurante frente a Dalia.

No obstante, quise saber si alguna de mis palabras o acciones la hacía sentir incómoda. Mi deseo era que se sintiera cómoda conmigo. Lo más cómoda posible. Al verla allí, frente a mí, viéndose las manos, yo me sentí incómodo. Ella no debería estar experimentando esa sensación. Al menos no conmigo.

"Mariana, parece que te sucede algo", le dije.

Mordió su labio interior y revisaba sus dedos con sus ojos. "No pasa nada", me dijo.

"¿Quieres contarme qué piensas?", le pregunté.

Era evidente que recordaba el amor juvenil que había sentido por mí desde hacía mucho tiempo. Escuchó mis palabras y sus mejillas se ruborizaron. Ya estaba recordando cómo su cuerpo se erizaba cada vez que la saludaba al llegar con su padre a mi oficina.

"Conoces mis viejos sentimientos hacia ti. Y la verdad es que no sé cómo contestar cuando me hablas de esa forma tan linda. Ves en mí atributos que ni yo misma veo", me confesó con su voz muy suave.

No sabía si su amor juvenil por mí había disminuido... o crecido. Pero su mirada revelaba lo que yo quería saber. Titubeé con su respuesta.

Yo también sentía algo profundo por Mariana, aunque sabía que no eran correctos. Se trataba de la hija consentida de mi gran amigo fallecido. Pero era posible que ella todavía estuviera enamorada de mí. Cuando ese pensamiento llegó a mi mente, me estremecí.

Bebí lo que quedaba de mi champán y respiré profundo para calmar mi mente. Vi por la ventanilla de mi butaca para concentrarme en otra cosa.

Mariana también bebió lo que quedaba en su copa y llevó sus ojos a las nubes que aparecían en su ventana.

Intuí que ambos estábamos en un terreno lleno de obstáculos. Me arrepentí de tomar alcohol en su presencia. Era consciente de mis sentimientos, cada vez más fuertes, por lo que el licor no ayudaba.

Pero decidí sacudir mis pensamientos con otra copa de champán. Quise que el licor me diera sueño, pero no lo logré.

Mi corazón empezaba a latir con fuerza con su cuerpo estupendo. Ella seguía sentada justo frente a mí, con su mirada perdida en el aire. Una sonrisa aparecía en mi rostro cada vez que divisaba su cara. Me encantaba ver sus largos cabellos ondear sobre sus hombros y su blanco rostro mostrando cada rasgo hermoso de su piel. Supe que era muy diferente a las chicas maquilladas con las que había salido. Deduje que esa era la razón por la que me sentía hechizado por ella.

"Quiero decirte algo, Diego. Sé cómo se oyó lo que dije, pero esa no era mi intención. Lo que quería expresarte es que siempre has sido una persona importante desde que te conocí", me dijo un rato después, aunque sus ojos seguían viendo por la ventana.

"Mariana, tranquila. No estoy pidiéndote explicaciones. Tampoco tienes que dárme las". Me obligué a hablar para que no se incomodara con sus palabras.

"Sí quiero explicarme", me dijo. Noté que estaban muy abiertos. Quería captar todo mi rostro. "Porque lo que menos deseo es que haya problemas en nuestra relación. Ni hoy, ni mañana, ni nunca". Sus ojos finalmente me vieron

*Ya es tarde para eso, pensé.*

"Mariana, no tienes que excusarte. Debo ser yo quien restrinja sus cumplidos y frases alegres. Quizás te hace sentir que estás donde no deberías", le comenté.

"Eso no es problema para mí", me dijo. "Todo lo contrario. Me alegra saber que te has formado una linda opinión sobre mí, pues yo también tengo una linda opinión sobre ti. Por eso, es muy importante que me lo digas". Su voz era suave.

Ella dejó de hablar y de nuevo un abrumador silencio llenó el aire entre nosotros. Sin embargo, su leve sonrisa me animaba. Me gustaba verla, aunque

era muy pequeña, como un gesto educado más que cualquier otra cosa. Me pareció que, tras todos esos contratiempos verbales, ella se sentía cómoda. Y por supuesto, me alegraba esa noticia.

Un rato después, tras haber bebido otras copas, no pude dejar de embriagarme con su boca cálida. Vi que humedecía sus labios y no pude dejar de pensar cómo se sentiría al besar esa suave boca. Mis pensamientos eran interminables y poderosos, así que me obligué a ver otras cosas para no seguir recreándome con ella

"¿Te pasa algo?", me preguntó entre risas.

Tensé mi cuerpo para no verla una vez más. "Nada en realidad. Solo tomé más de la cuenta", le comenté. "Me parece que debería dormir una siesta para no decir algo que te moleste".

"Buena idea", me dijo. "Nada de lo que digas me molestará, así que no tienes que preocuparte".

Ya sabía que no era mi imaginación. Mariana sabía lo que decía. Escuchar esa frase hizo que mi corazón latiera aún más fuerte y mi respiración se alterara. Era como si ella me invitara a decirle cosas fuertes e involucrarme más. Además, era una mujer talentosa y muy capacitada. Y por ello, yo sabía que ella podría tener al hombre que deseara. No le hacía falta estar con un vejestorio como yo.

De todos modos, no podías sacarla de mi mente. Ya no tenía censura de ningún tipo para pensar. El champán me la había quitado. Cuando cerré mis ojos para dormir, la vi en mi cerebro como nunca antes. Tuve un desinhibido sueño protagonizado por Mariana, la hija de Fernando, y quien además estaba sentada en mi avión para acompañarme en mi viaje a Japón.

El dulce sueño había estado lleno de calor y mucho erotismo. Había estado colmado también de mucho realismo. Me contemplé viendo su cara y acariciando sus labios para luego besarlos mientras pasaba mi mano por sus cabellos y dejaba su cabeza atrás, teniendo así más libertad para besarla. Sus labios pronunciaban mi nombre, sus pies cedían ante el placer. Bajé por su cuerpo y llegué a su vagina. Su interior bañaba mi garganta. Dejaba sus dedos en mi cabeza y su boca intrépida saboreaba mi nombre. "Diego, por Dios, sigue", decía al tiempo que yo chupaba cada parte de su espléndido cuerpo. La

vi mientras mi cara paseaba por su clítoris y ella endurecía cada palmo de su cuerpo, con los temblores agitando su anatomía.

Mi deseo era que Mariana estuviera satisfecha. A gusto conmigo. En el sueño estaba muy a gusto. En ese sueño, se sintió muy satisfecha después de acabar varias veces, cada una más placentera que la anterior. Una vez que la penetré, la tomé para ponerla en el escritorio de mi oficina, abrí bien su culo y metí con todo placer mi pene en la entrada de su vagina. Entonces iba a deslizarme dentro de ella...

Pero sentí una oleada de temblores. No era un terremoto. Era el avión el que temblaba.

Experimentábamos una fuerte turbulencia. Tan fuerte que me despertó. Noté que la sensación también la afectaba. Mariana se había levantado y en el peor momento de la turbulencia saltó. Estaba punto de pegar su cabeza al techo del avión cuando desperté y pude abrazarla y sujetarla con fuerza. Ella quedó sobre mí, con su cuerpo apretando mi abdomen.

Me sentí avergonzado cuando notó mi pene erecto en mis pantalones. No había forma de que ella no se percatara, pues me di cuenta de su reacción instantánea. Quiso alejarse de mí y sus ojos se abrieron de par en par. Aunque lo hubiera planeado, no hubiera logrado sentirme peor.

"¡Diego, por todos los cielos!", gritó Mariana, y no precisamente porque estuviera excitada. "Disculpa. Me levantaba para ir al baño, pero...".

"Cálmate. No tienes que excusarte. Es normal en turbulencias como esta", le dije mientras la ayudaba a sentarse.

Vio mis pantalones. Me percaté de sus mejillas llenas de rubor. Era evidente que había visto el volcán bajo mi cremallera. Llevó su mano a su boca. Su vergüenza no era nada comparada con la vergüenza que yo sentía. Ella sabía con qué había estado soñando.

Me vio con sus ojos bien abiertos, y yo no lograba articular alguna frase o hacer algún gesto para acabar con la vergüenza. Vi cómo su mandíbula se abría, pero no podía hablar por su asombro.

Acomodé mi cuerpo y tomé aire. "Mariana, te pido sinceras disculpas. Estaba soñando cuando se produjo la turbulencia", le dije en voz baja mientras tocaba mi frente.

"No tienes que disculparte ni explicarte. No me parece necesario", me dijo, con su mirada aún bien abierta. "Soy yo quien debió haber reaccionado de una manera más adecuada. Pero me sorprendí mucho".

Permanecí de pie y cerré mis ojos. Ella se quedó en silencio y luego fue al baño. No importaba lo que hiciera o dijera. Al final, todo sería incómodo para ambos. Y lo sería por la tremenda tensión sexual en el ambiente.

Si no tomaba cartas en el asunto, nos veríamos en graves aprietos durante el viaje. Y al volver, sería peor.

# CAPÍTULO OCHO - MARIANA

"Carajo", me dije. "Ya llegamos a Japón".

Me sentí como una tonta al decir eso, pero era lo que sentía. Bajamos del avión de Diego y recibí una brisa fresca cuando bajé. Era un aire muy distinto al del clima playero del este de Los Cayos, el lugar de mi nacimiento y donde crecí y había pasado toda mi vida.

Él sonrió con mis palabras. "Es cierto. Ya llegamos", me dijo. "Haremos una parada en uno de mis lugares predilectos".

Hablaba con un tono bastante serio cuando mencionó la palabra predilecto. De hecho, era el propietario del hotel. Había sido su primera inversión en Japón. Siempre había escuchado excelentes opiniones sobre el lugar. Y ahora que iban a inaugurar un segundo hotel, mi mente se imaginaba que sería aún mejor que el primero.

Alguien pasó a recogernos en un auto blindado. Unos minutos después llegamos al hotel. El conductor estacionó el auto, bajamos y mi mandíbula casi cae al asfalto. Un alarido de sorpresa saltó de mis pulmones. Estaba frente al mar.

"Había visto algunas fotos muy hermosas, pero imaginé que eran efectos digitales. Nunca pensé que el mar pudiera verse como lo veo ahora", le confesé.

Mi vida había transcurrido siempre en Los Cayos, donde, como su nombre dejaba claro, había decenas de playas. Pero Japón era distinto a las sucias y grises playas de mi ciudad. No obstante, no se parecía en nada a lo que yo veía: un océano casi transparente, rodeado de arena completamente blanca. Y no solo eso lo hacía ver precioso. Estaba el imponente hotel de Diego y los pequeños bungalós a unos metros. Efectivamente, se podía dormir frente al mar, al contrario de lo que siempre había pensado.

Diego no dejaba de sonreír al ver mi cara estupefacta. Me veía con alegría y una sonrisa aparecía siempre en su boca. Me di cuenta de que le gustaba mostrar su hotel de lujo a personas que nunca lo habían visto y así redescubrir las bellezas de su inversión. Quizás había perdido la magia de contemplar

bellos parajes como ese que se abría frente a nosotros. Él había estado en todos los lugares posibles y había hecho muchas cosas que otros solamente podían imaginar, así que supuse que era lógico que olvidara rápidamente la belleza de los detalles o diera por sentado muchos otros.

Yo, sin embargo, parecía un niño recibiendo un regalo en su cumpleaños.

"Dormirás ahí esta noche, en ese bungalow que está al final, el que está pintado de amarillo", me dijo mientras la apuntaba.

Vi el amarillo resplandeciente detrás de su dedo. Cuando me reveló cuál sería mi bungalow, me sentí aún más asombrada. Un bungalow muy lindo que hacía juego con el sol. Me deleité con los rayos solares cayendo sobre él y el eco de las olas sonando en mis oídos. Me sentí afortunada. Era la primera vez que iba a un lugar tan espectacular y me quedaría en un lugar hermosísimo.

"Diego, ¿lo dices en serio?", le pregunté, como si acabaran de darme una excelente noticia.

"Claro que sí, Mariana. "Allí dormiré yo, en la casita que está al lado, que se comunica con la tuya por el pequeño puente", me dijo mientras apuntaba con su dedo índice.

¿Cómo podría negarme a vivir eso? Dormiría frente al mar. El mar bañaría mis tímpanos y me relajaría hasta dormir. Si en algún momento sentía deseo de nadar o contemplar el mar, solo tenía que abrir la puerta de mi bungalow y ver el mar puro y cristalino moviéndose frente a mis ojos. Lo haría cada vez que tuviera la oportunidad.

Y no solo eso. Era como mis sueños se hicieran realidad. Diego estaría a unos metros de distancia. Dormiría justo en el bungalow de al lado.

"Creo que debemos dejar nuestras cosas", me dijo mientras me tomaba de la mano.

La vergüenza llenó mis mejillas, pero luego imaginé que estaba en una cita, y me sentí mejor. No era imposible. Era algo real y cualquiera que nos viese en ese momento pensaría que éramos una linda pareja. Iba tomada de la mano con Diego, quien me acompañaba al bungalow en la dormiría toda la noche.

Una persona tan adinerada como Diego no tendría que cargar su equipaje. Unos empleados del personal las llevaban. Tomaron las mías también, y

mientras los vi, sentí una rara sensación en mi cuerpo. Por primera vez alguien tomaba mis maletas, algo que yo misma podía hacer, lo que me hizo sentir un poco enojada. Imaginé que tendría que adaptarme a esas nuevas experiencias y hábitos. Diego, por su parte, no estaba molesto en absoluto. Ni siquiera suspiraba.

Había una brisa más cálida que desordenaba mi cabello. Los rayos del sol chocando con mis hombros me hacían sentir que me habían dado un regalo perfecto. Recorrimos el pequeño puente desde el estacionamiento hasta la orilla del mar. Vi el resto de los bungalos y llegamos frente al océano. Finalmente llegamos al mío. La vi mientras Diego la abría para mí. Me apoyé en una pared para no caer del asombro.

Pasé y corrí como un niño juguetero. "¿Dices que dormiré aquí?", le pregunté, pero no esperé su respuesta. Vi que él estaba satisfecho por mi reacción. Era lo que quería: hacerme sentir bien. Si los colores y el aspecto exterior me habían encantado, el interior me había encantado. Había tantos detalles lujosos que de inmediato supe que habían invertido enormes cantidades de dinero para construirlos.

Dejé de correr y me detuve en la sala de estar. Vi que había un gran sofá. En la pared había una inmensa ventana con persianas azules como el mar. Pensé que eran inútiles. Mi mayor deseo era ver el mar cada vez que pudiera. Era el panorama que más me gustaba ver.

La belleza no se quedaba ahí. Había un cuarto con una cama en la que podrían dormir plácidamente cuatro personas. Tenía sábanas blancas de seda y una manta enorme de algodón. Ocho almohadas colosales me esperaban, por lo que quise zambullirme allí y relajarme mientras leía, pero recordé que debía trabajar. No había ni una sola mancha ni un rastro de polvo.

Además, había un paseo saliendo del dormitorio, que podría recorrer para llegar al océano. Tenía la opción de dejar la puerta abierta y dejar que las olas me durmieran cuando llegaran a la orilla.

Dejé que cada detalle me absorbiera y llenara mi espíritu de alegría. "No puedo imaginar un lugar más hermoso que este", le dije.

Cuando vi el baño por primera vez, noté que había un jacuzzi y una ducha en la que podían bañarse cuatro personas. Después fui rápidamente a la cubierta.



Sentí el fresco aroma del mar. Me pregunté cómo sería estar todo el día en ese preciso lugar. Había una hamaca grande, con hilos elegantes, dispuesta para mi descanso. Simplemente me haría falta un buen libro y todo sería perfecto.

Pensé que podría adaptarme a ese estilo de vida. Él pasó a mi lado y vimos el mar desde la cubierta.

"Me alegra que puedas acompañarme en este viaje", dijo suavemente. "Creo que traer a su hija haría sentir feliz a Fernando. Él siempre quiso venir, pero nunca pudo hacerlo. Su agenda o sus asuntos familiares le impedían viajar".

Diego tenía razón: a mi papá le hubiera fascinado un lugar tan místico como ese. Le hubiera encantado subir a la cubierta a leer o pescar. Sabía que la pesca era un pasatiempo para él, aunque no lo hacía tanto como quería. También le gustaba dormir en hamacas y escuchar el sonido de las olas mientras se quedaba dormido. Yo había heredado buena parte de sus gustos. Escuchar el nombre de mi padre me hizo llorar nuevamente.

"Habría amado este lugar. No tengo ninguna duda", le dije, con mi voz quebrada.

"Así es. Cómo me hubiera gustado que viniera alguna vez. Siempre recuerdo sus gustos cuando estoy en este lugar. Y siempre lo recuerdo a él", me dijo.

Ambos recordábamos a mi papá. Si bien no habíamos planeado hacerlo, me sentí contenta de saber que ambos rendíamos ese pequeño homenaje a mi papá. También me sentí bien al saber que Diego extrañaba a mi padre como yo lo hacía. El silencio reinó en el lugar mientras mirábamos absortos el mar.

"Mariana, salgamos de aquí. Hay que estrechar algunas manos y cenar", me dijo mientras tomaba aire. "Habrá tiempo de sobra para ver el mar, pero primero el trabajo".

Cenar. Esa era una estupenda idea. Tenía mucho apetito, así que comer era algo que quería hacer cuanto antes. También sentí algo de agitación, pues por primera vez iba a ponerme a prueba en mi trabajo. Pero recordé que Diego me había asegurado que habría pocos invitados, saludaríamos y conversaríamos con algunos, tomaríamos algunos tragos y entonces podríamos volver a mi hermoso bungalow. Sería algo muy informal, con muchas bebidas y platos jugosos. No sería algo tan rígido ni serio, más bien divertido y casual.

Debía trabajar, como me había dicho Diego. Luego podría dormir

plácidamente. Me imaginé en esa inmensa cama mientras el viento que venía del mar acariciaba mi cara. Dios, cómo quería hacerlo.

Apenas era el comienzo del viaje. Aunque no sabía si lo que vivía era solo un sueño, solo esperaba que, si finalmente lo era, nadie me despertara.

# CAPÍTULO NUEVE - DIEGO

Mariana salió esa noche de su bungalow. Mis palabras quedaron atrapadas en mi garganta. Estaba vestida y maquillada para acompañarme en la cena. Le había pedido que se vistiera adecuadamente, lo que evidentemente había hecho. Se había puesto un vestido azul mar que delineaba sus suaves curvas a la perfección. Era un cuerpo tan sinuoso que olvidé por unos segundos que era la hija de Fernando, una pequeñita que hacía algunos años tenía muñecas en sus manos cuando iba a la oficina y jugaba con sus cabellos trenzados mientras sus codos rasguñados mostraban su ímpetu infantil.

Pero ahora era una esbelta mujer, con un cuerpo seductor, un escote animado y unos labios carnosos que desarmarían a cualquiera. Esa niña ya no existía. Necesité aire para dejar de contemplar su piel y exorcizar mis maliciosos pensamientos que de forma atrevida me colmaban.

Ya no sonreía. Al contrario, parecía extrañada. "¿Por qué me miras así?", me preguntó. Vio su atuendo por completo. "¿Te parece que visto de forma muy indiscreta? Quizás está muy ceñido, pero pensé que...".

"No te preocupes. Ese vestido te queda bien. Yo diría que *muy* bien. De hecho, me atrevería a decir que te queda perfecto", le dije, sacando mis palabras atropelladamente.

Ella me veía nuevamente, regalándome una suave sonrisa que contrastaba con el rubor de sus mejillas. La brisa marina llegaba hasta nuestros cuerpos y se colaba por sus suaves cabellos.

"Debo decir que tú también te ves bien. Oh, y agradezco tus lindas palabras", me dijo".

Mariana estaba vestida de tal forma que su cuerpo derramaba sensualidad. Aunque lo intentara, no podría dejar de observarla. La palabra perfecta se quedaba corta. Decidí verla en mi mente como aquella dulce niñita que corría para abrazarme mientras me narraba cómo llegaría a ser la mujer que liderara la investigación para acabar con todas las enfermedades. Tenía que pensar en ella como la niña Mariana en vez de imaginarla como la sexy Mariana, ya convertida en mujer. De lo contrario, sería un camino lleno de espinas para mí.

Además, iba a haber alcohol en ese camino. Y no quería volver a vivir un episodio bochornoso.

De todas formas, Mariana no ayudaba.

"Esta noche hablaremos con dos personas importantes en esta zona", le conté. "Están a cargo de la supervisión de las compras. También son quienes deberán tomar la decisión sobre la ubicación del hotel que abriremos. Son Tatiana Briceño y Arturo Candal".

En casos como el de ella, que recién se incorporaba, me había visto obligado a contar minuciosamente lo que habíamos hecho, pero noté que con ella era distinto, y me alegré. Mariana prestaba mucha atención a cada palabra que decía. Se concentraba en todos los hechos que le comentaba sobre el hotel y cómo habíamos analizado cada detalle del negocio, especialmente los referidos a la localización y el dinero que invertiríamos en logística y capacitación de personal.

Su interés por prepararse había sido una de las razones que me había llevado a contratarla. Entendí que merecía ocupar el puesto y aspiraría a tener un lugar más alto dentro de la compañía, cuando ya tuviera algo de experiencia y habilidades. Ella ya sabía cada detalle de las operaciones que llevábamos a cabo. Las había estudiado antes de llegar a Japón.

Nos desplazamos en una limusina blanca hasta el restaurante donde se desarrollaría la velada. Era un majestuoso lugar con vista al mar y muchas mesas. La habíamos reservado exclusivamente para nosotros con meses de antelación. Era beneficioso tener presencia y peso en esa zona y en su economía. Me percaté de que había una pequeña fogata en un pequeño agujero, justo en el centro de la cubierta, con lo que me sentí que estaba en casa. El fuego ayudaba a subir la temperatura, que ya era baja por las horas nocturnas y la brisa que nos alcanzaba desde el mar. Vi que Tatiana y Arturo ya habían llegado y compartían en la terraza.

"Qué alegría verlos nuevamente", les dije a Arturo y Tatiana mientras los saludaba.

Mariana también los saludó después de que los presenté. Ellos quedaron tan agradados como yo al sentir su saludo firme y educado. No dejaba de mostrar seguridad en sí misma. Con su presencia, sentí que todo fluía con más

facilidad. Vi que Arturo y Tatiana departían alegremente e incluso sonreían. Cruzamos algunas frases y vi que ella se sentía como pez en el agua.

Mariana se asombró cuando vio los platos. La tranquilidad que había mostrado antes se acabó cuando tomamos asiento y vimos nuestras cartas.

"Mariana, ¿qué tienes?", le dije en voz baja para que solo ella pudiera oír.

Ocultó sus labios educadamente con su boca para que nadie la oyera. "Es que los precios...", me respondió también en voz baja.

"Ya los gastos como este están cubiertos, así que puedes pedir lo que te provoque. "Los precios no tienen que preocuparte", le informé.

Sonreí después de revelarle esa información. Me alegraba saber que Mariana se inquietaba por cosas como los costos elevados. Aunque yo contaba con el dinero suficiente para comer en lugares tan costosos, me daba por satisfecho al ver que ella no estaba segura de eso. Supuse que sería feliz si encontraba a alguien tan humilde como ella. Sabía por mi experiencia que difícilmente encontraría una mujer que manifestara ese temor, especialmente si era una chica artificial.

La inquietud seguía en su mirada. Nuestro camarero llegó a nuestra mesa para recibir nuestra orden de bebidas. Ella seguía revisando la carta.

"¿Alguien desea escoger nuestro vino? ¿Les apetece vino tinto, vino blanco?", les pregunté.

Tatiana sonrió. "Puedo tomar el que ustedes deseen", dijo.

Vi a Mariana. Siguió viendo la lista de bebidas. No sabía qué decir. "Tomaré lo que te parezca mejor", me dijo finalmente.

Aunque quise pedirle una vez más que eligiera un vino, no quise apenarla.

Me gustaba la naturaleza tímida de las chicas cuando les hacía el amor, pero no tanto cuando estábamos en situaciones sociales. Mariana, sin embargo, lucía angustiada, por lo que reiterarle que eligiera el vino solo la haría sentir peor.

"Está bien si eliges tú, Tatiana", le dije mientras sonreía ampliamente. "Soy el jefe, pero a veces me gusta delegar decisiones". Le cedí mi carta a Tatiana y vi a Mariana de reojo.

Entonces Tatiana escogió dos vinos, un tinto y un blanco, y Mariana se limitó a oír atentamente y ver cómo transcurría la conversación. Fernando siempre se había preocupado por llevar una vida austera y modesta, recordándoles a su esposa y a Mariana que debían vivir de modo sencillo. Pensé que quizás por esa razón Mariana demostraba tanta bondad y humildad, y no daba nada por hecho. Yo sabía que ella no había sido una niña pobre, pero tampoco había llevado una vida de lujos como ese.

Ordenamos nuestras cenas y comimos. Tomamos vino mientras hablábamos de negocios. Me costaba asimilar que Mariana solamente había trabajado para mí solo unos días, y que ocupaba apenas el cargo de asistente. Se desenvolvía de forma excelente. Era tan hábil, tenía tan buena memoria y sabía tanto de lo que hacíamos en Japón, que me pasmó cada dato que nos aportaba. Era tan confiada y prudente que varias veces la felicité. Arturo y Tatiana quedaron también impresionados con su actitud y capacidades, lo cual era asombroso, pues no eran susceptibles de ser sorprendidos.

Seguimos tomando vino, algo habitual en las cenas que teníamos para hablar sobre las actividades que hacíamos en Japón. Mariana ya estaba un tanto alhelada, quizás como consecuencia de la ingesta de licor. Pero el rubor de sus mejillas no aminoraba su belleza. Al contrario, la aumentaba. Yo también había tomado tanto vino que me costaba no verla. Ella descubrió mis ojos inquietos y sonrió. Luego me vio fijamente en varias ocasiones, pero al cabo de unos segundos movió su mirada.

"Entonces, Mariana, ¿desde cuándo trabajas con Diego?", preguntó Tatiana, también un poco embriagada.

"Llevo unos quince días, aunque lo conozco desde que era una niña", le conté.

Tatiana la vio sorprendida. Intuí que sospechaba que nuestra relación no se limitaba a lo estrictamente profesional. Entonces moví mi cabeza y empecé a hablar para bajar las aguas, que empezaban a moverse agitadamente.

"Conocí al padre de Mariana. Éramos grandes amigos. La conocí desde que era una niña y la vi crecer", le conté.

Tatiana se asombró tanto que por poco se ahoga con su trago de vino blanco. "Disculpa, Diego. Es que creí que...".

"No tienes que decirlo porque lo sé. Aquí no pasa nada de lo que pensaste", le dije mientras sonreía.

"En absoluto", agregó Mariana. "No sucede nada de eso. En ningún momento ha pasado. No pasaría. Creo que no". Sus ojos se abrieron y supuse que en ese momento había pensado lo que imaginaba Tatiana.

Aunque no podía dejar de ver el lindo rostro y el exuberante cuerpo de Mariana, en parte gracias al licor en mi sistema sanguíneo, entendía que si otras personas me veían contemplando sus curvas podrían sospechar que había algo entre nosotros o que mis intenciones con ella eran otras. El tono de sus mejillas estaba evidentemente elevado. La entendí perfectamente. Ya algunas personas creían que éramos pareja, y eso solo contribuía a crear un ambiente de incomodidad entre nosotros

Arturo se percató de la pesadez del momento y quiso decir algo para acabar con ella. "Cuéntanos sobre tu padre, Mariana".

Su frase solo hizo que el ambiente se pusiera más pesado. Carajo.

"En realidad...", dijo Mariana, aunque apenas podía hablar.

"Fernando falleció. Hace unas semanas", le respondí a Arturo.

No quería que ella tuviera que atravesar por el doloroso momento de tener que narrar a unas personas que acababa de conocer que ya su padre había muerto, víctima de un cáncer. Ya Mariana había narrado esa historia en tantas ocasiones, que cada repetición solo incrementaba su dolor. Yo comprendía su tristeza. Entonces Mariana sonrió como muestra de gratitud por mis palabras. Sonreí amablemente.

"Vaya. "Mariana, siento mucho lo de tu padre. Parece que cada pregunta que hacemos solo nos hace equivocarnos", dijo Arturo mientras tocaba su frente.

Mariana se mostraba firme, pero yo sabía que internamente estaba triste. Incluso yo había estado desbordado por la tristeza tras la muerte de su padre. "Te lo agradezco, Arturo", dijo.

"Me parece que es el momento de que terminemos nuestra reunión, y así evitemos tener otros problemas con nuestro jefe por nuestras preguntas imprudentes, ¿o no, Tatiana?", " ", dijo Arturo mientras la veía fijamente.

"Estoy totalmente de acuerdo contigo", le respondió ella. "Acabo de recordar

que mañana a primera hora debo encontrarme con un asesor inmobiliario. Él me hablará sobre otra área disponible. Me despido de ustedes entonces para tomar una siesta y estar descansada en la mañana". Sus ojos me vieron con una expresión de disculpa.

Mariana y yo quedamos en nuestra mesa, con la agradable compañía de una botella de vino tinto. Arturo y Tatiana salieron del restaurante tras despedirse de nosotros con besos en nuestras mejillas.

"Como soy el jefe de la compañía, puedo tomarme el tiempo que desee para empezar a trabajar mañana. "Sería una lástima que esto se perdiera", dije mientras tomaba un poco y servía una copa más.

El resto de la botella de vino cayó en su copa. Ella sonrió con mi declaración. Había sido una linda cena y me encantaba estar con Mariana, pero no dejaba de sentirme un poco incómodo con su presencia. Estábamos los dos en Japón, en un majestuoso restaurante, mientras las olas del mar nos relajaban y la luna nos regalaba su brillo. El vino y el fuego de la pequeña fogata daban un toque romántico a la velada. Todas esas razones me habían llevado a elegir ese sitio para cenar cuando todavía era el compañero sentimental de Dalia. Ella ya no era parte de mi vida, y yo ya había olvidado cuán maravilloso era este lugar.

"Lamento todos los comentarios. Me pareció que...", dijo Mariana.

Hice un gesto con mi mano derecha para que no agregara nada. "No hace falta que digas nada. Todo fue culpa mía. Lo digo con sinceridad", le dije interrumpiendo.

Noté cierta desilusión en su cara. Vio las palmas de sus manos una vez más. Parecía que una neblina le impedía sonreír o sentirse contenta de nuevo. Al cabo de un rato, cuando levantó su mirada para verme, noté que su alegría había vuelto.

"Al parecer, el alcohol está matando mis neuronas, así que en realidad creo que la culpable soy yo, honestamente", dijo mientras sonreía nerviosamente.

Vi el vino en mi copa. "A mí me parece lo mismo", dije, "pero no quiero que este líquido se pierda".

Ella apartó su copa. Y ciertamente, el licor en mi cuerpo ya estaba haciendo efecto, por lo que no quería cometer algún error. Estaba claro que Mariana no tomaría más.



"Sin embargo, un caballero entiende que no debe insistir con el licor ante una dama. Podemos irnos", le dije mientras guiñaba mi ojo.

Mariana asintió con su cabeza. Hurgó en su bolso, y sus senos atrevidos se asomaron levemente por su escote. El par de tetas se mostraban frente a mí y yo podía verlos con placer. Supe que debía haber visto hacia otra parte, cualquier otra, pero todo fue tan repentino que me sorprendí y no pude contenerme. Apenas si pude respirar en ese instante. Sentí que era el más baboso de todos los ancianos. Tomé aire y me levanté de mi silla para intentar simular que no los había visto, pero estaba tan nervioso que tropecé con mi mano la copa de vino que había servido para ella. "Rayos", dije. Mis manos buscaron una servilleta y fui hacia sus senos para secar su vestido, sin poder pensar bien lo que hacía. Me vi a mismo como un torpe y un imbécil. "Diablos, parece que hoy no estoy haciendo nada bien esta noche. Es una lástima, pero creo que estás viendo lo peor de mí. Mariana, lo lamento. No encuentro palabras para disculparme por estos errores infantiles".

"Diego, no te preocupes", dijo. "Me has tocado más de lo que me ha tocado algún hombre en un año". Me vio mientras sonreía.

Su sonrisa desapareció. El rubor sustituyó su comentario revelador. "Me parece que deberíamos irnos ya", le dije, tragando grueso. "Buscaré una tintorería para que arreglen tu vestido. Mis disculpas".

"No tienes que pedir las. Y está bien, vamos a los búngalos. Así buscaré otra ropa más cómoda para ponérmela. Ropa que esté totalmente seca", ", me respondió.

Supliqué en mis oraciones a Dios que ella mirara para otro lado porque una inquieta erección se movía en mis pantalones. Ya había sentido mucha vergüenza con ella como para que además también notara mi pene, que se había levantado por ella durante casi toda la noche. Si no quería que alguien notara mis erecciones era precisamente ella. No podía desearla. A ella no.

Tenía límites con ella que no podía sobrepasar. Ni esa noche ni nunca.

# CAPÍTULO DIEZ - MARIANA

Traté de pensar que Diego no quería hacer otras cosas conmigo, pero luego supe que estaba equivocada. Me parecía que era un hombre tan atractivo y a la vez tan gentil que me costaba muchísimo no contemplar cada paso torpe que daba. Yo seguía enamorada por él, y lo único que había cambiado era que había estado durante años intentando ocultar esas emociones. Pero ahora ambos habíamos bebido hasta embriagarnos y él me veía con deseo, así que sospeché que podríamos avanzar por lo que sentíamos.

Seguía siendo una locura. Yo estaba totalmente consciente de eso. Pero el vino, las frases de cortejo y los roces entre nuestros cuerpos, aun con su gran erección rozando mis muslos, me llevaron a tener pensamientos y fantasías extremas con él. Fantasías que durante años quise reprimir.

Podríamos hacer el amor. ¿Sería terrible para él o para mí? ¿O solo para mí? ¿O para ninguno? No estaba segura. Solo sabía que lo disfrutaría por completo mientras lo hacía.

Diego intentaba decir frases para disculparse, con lo que solo lograba que me sintiera más incómoda. Su erección era más fuerte que antes, y yo intentaba ver por la ventana. Noté que su miembro era grande. No era la primera vez que lo miraba desde la distancia. O lo sentía. Fuimos al hotel en limusina nuevamente.

Me detuve en mis pensamientos en el camino al hotel. Probablemente Diego también sentía muchos deseos por mí, pero no sabía si arriesgarse a dar un paso. O simplemente pensaba que no era buena idea. Aunque él pensara eso, yo estaba convencida de lo contrario. Quería lanzarme sobre él como nunca había deseado hacer algo. Él me encantaba.

Reí sonoramente mientras él hacía un esfuerzo para ocultar el obelisco de sus pantalones. "Oye, Diego", le dije, "no hace falta que lo escondas".

Sus mejillas se ruborizaron de inmediato. Apunté a su entrepierna. Le costaba hablar. "Mariana, no creas que...".

Lo interrumpí. "¿No creo qué? ¿Que no te pones así por mi presencia? ¿Entonces por qué? ¿Por las olas del mar?". Abrí bien mis ojos.

Volvió a quedarse sin palabras. Para él, era increíble que yo fuese tan sincera. Su mandíbula casi cae a sus piernas. También a mí me costaba entender la brutal honestidad de mis frases. Solo sabía que no había forma de regresar el tiempo y callar mi boca. Quizás todo era producto del poderoso vino que había tomado.

"Sé que me ves como una niña, pero ya soy una mujer. Entiendo que una parte de ti también me reconoce como mujer. Una parte de ti que incluye a tu pene. No tienes que pedirme disculpas por algo que salta a la vista. Creo que es mejor que lo conversemos. Somos personas adultas y sabemos lo que hacemos", le dije mientras sonreía animadamente. "Entiendo que podemos conversar sobre relaciones sexuales sin timidez alguna".

"No podemos, y tú lo sabes tan bien como yo".

"¿Acostarnos? ¿Eso es lo que no podemos hacer?", dije, y encogí mis hombros. "Por supuesto que podríamos hacerlo si lo deseáramos. Solo nos lo impediría algún obstáculo muy grande. Pero no te preocupes, Diego. Entiendo tu argumento. Soy la hija de Fernando, tu mejor amigo, y no quieres cruzar esa línea amarilla. Comprendo perfectamente tu situación".

"No dejas de asombrarme. ¿Cómo puedes hablar de esa manera tan firme y sincera?".

Supe que me deseaba tanto como yo lo deseaba a él. Aunque me veía con sorpresa por mis palabras, su expresión era más de deseo que de asombro. Y también supe que se enfrentaba a un dilema que no lo dejaba avanzar conmigo.

"He aprendido muchas cosas. Soy una experta en varios campos. Y como tomé unas cuantas copas de vino, siento que no tengo inhibiciones para decir lo que pienso, aunque mañana pueda arrepentirme terriblemente, le dije mientras guiñaba mi ojo.

"No es necesario. Me refiero a la parte de arrepentirte. Simplemente me causaste una gran sorpresa", me respondió casi al instante.

"¿Una sorpresa agradable o desagradable?", le pregunté con inquietud.

"Creo que una... agradable", me dijo. Rió y sus ojos fueron hacia la ventana de la limusina.

"¿Lo dices en serio?".

Lancé mi pregunta, pero la limusina se detuvo. El chofer bajó y abrió la puerta de Diego para que bajara. Era una fuga perfecta para Diego. Bajé después de que el conductor abriera mi puerta y me acerqué a Diego con velocidad. Ya íbamos rumbo a nuestros dormitorios, pero supe que ese era el momento perfecto para hacer realidad una fantasía que había tenido desde que era una niña. Entonces lo tomé por su brazo y su mirada cayó sobre la mía.

Humedecí mi boca y pensé cómo sería recibir un beso suyo. "Quiero que me oigas con atención", le dije. "Lamento todo lo que dije. Espero que lo nuestro no se estropee. Espero que después de haber tomado todo ese alcohol y decir todo eso, tú...".

Entonces interrumpió mis palabras y ondas de frenesí salieron de sus labios para llegar a los míos. Estaba viviéndolo. Su beso en mi boca. Tomó mi pelo y con su otra mano apretó suavemente mi cuello para llevar mi cuerpo al suyo. Llevó su lengua sobre la mía y sentí que era la sensación más placentera que había vivido.

Entendí que difícilmente sería más feliz. La luna no dejaba de brillar, las olas seguían chocando contra el muelle y el hombre de mis sueños no dejaba de sacudirme con sus besos.

Él estaba impactado. Muy asustado. Se alejó un poco de mí. Quiso correr, pero lo detuve con un beso. Halé sus manos y mi boca quedó sobre la suya, sin tiempo para excusas ni detenerse un segundo.

Dejé que mis manos bajaran por su abdomen y palpé su reacción. Diego se sobresaltó. Recordé cómo había pasado mi infancia y mi adolescencia viéndolo a lo lejos, sin poder tocarlo, pero teniendo fantasías con su cuerpo, con tanas ganas de besarlo y él ímpetu creciendo dentro de mi ser para descubrir cómo era él. Ya había llegado el momento de saberlo.

"Oh... Creo que...", dijo, al tiempo que rozaba mis mejillas.

"¿Qué crees?", le pregunté con voz atrevida.

"Que eres una bella mujer".

Lo tomé de la mano y caminamos hacia mi bungalow, sin decir ni hacer nada más, solo alegrando nuestros espíritus con la alegría de estar juntos y felices de saber que la noche sería larga y hermosa. Sentí que mi cuerpo se estremecía y mi deseo se incrementaba cuando escuché sus palabras. El deseo de estar

con él. Un deseo inclemente e insaciable. Aparentemente, Diego también sentía ese apetito por mí.

Cuando cerré la puerta, sus besos me sacudieron otra vez, llevándome con rapidez por el cuarto mientras yo me apuraba a desabrochar los botones de su elegante camisa. Apenas pude deshacerme de ellos, pues solo unos segundos ya estaba en el suelo esa parte de su ropa. Fui hacia sus pantalones, pero él tomó mis manos y me vio. No tuve tiempo de deleitar mi mente con otros pensamientos sobre él.

"Será mejor que no hagas eso", me dijo.

"Diego, pero...".

No sabía qué estaba pasando. Incluso pensé que se arrepentía de estar conmigo en ese momento. No fue así. Al contrario, Diego me quitó el vestido, lo lanzó al piso y tomó mi cuerpo para ponerme en la cama con una envidiable calma.

Aún no sabía lo que iba a pasar, pero lo entendí rápidamente. Diego quería darme placer más que recibirlo. Bajó hasta quedar de rodillas frente a mi cuerpo y deslizó mi ropa interior. Recibí el cálido aire que salía de su boca en mi vagina y pensé que iba a perder la razón. Empezó a besar mi clítoris con fuerza y a lamerlo, y noté que toda mi piel se erizaba. Mis piernas temblaban y mi impaciencia crecía.

"Qué rico se siente. Por Dios", dije.

Él no dejaba de mover sus labios y llevaba su atrevida lengua a cada parte de mi vagina que necesitaba ser explorada. La chupaba, la besaba, la lamía con tal intensidad, que mi espalda se retorció con cada movimiento. Dejé mis dedos sobre sus cabellos y lo halé para que no dejara de proporcionarme ese inmenso placer. Un placer increíble que nunca había sentido.

Era la primera vez en mi vida que me sentía deseada en lugar de sentirme como un objeto o un ser humano secundario. Diego pasaba su lengua sobre mí y mi cuerpo lo agradecía. Él sí quería hacerme sentir excitada. Su placer era importante para él, pero no tanto como mi placer, aunque cada vez que me besaba me parecía que estaba también muy satisfecho de tenerme y así poder disfrutarme.

Se deleitaba con mi vagina y yo anticipé que pronto me vendría. Un riquísimo

orgasmo recorrió mi cuerpo de pies a cabeza. Me retorció una y otra vez, y su nombre saltó inquieto desde mi boca. "Por todos los cielos, Diego, qué rico". Llevé su cabeza hacia mi abdomen y un tren de gritos salió de mi garganta.

Él había sido el hombre de mis sueños. Aunque jamás pensé que algo así me pasaría, ahí, al otro lado del mundo, mis sueños más antiguos habían comenzado a hacerse una placentera realidad.

Una vez que me sentí un poco más calmada, Diego puso sus ojos sobre mí. Me di cuenta de que estaba temeroso. Especulé que se reclamaba a sí mismo por haberse atrevido. Pero lo acerque para que su cuerpo quedara sobre el mío. Mis labios fogosos besaron los suyos, tratando de sacar de su mente esos pensamientos. En ese punto, no podíamos arrepentirnos de nada. Solo avanzar y que me penetrara.

Moví mi cuerpo bajo el suyo y toqué sus labios. "Diego, no te detengas", le dije, casi suplicante. Luego lo vi a los ojos profundamente. "Los dos somos adultos. Y te deseo. ¿Acaso tú no me deseas?"

"Claro que sí", me dijo. "Te deseo como nunca antes había querido estar con una mujer". Su ceño estaba bastante fruncido

"Pues no pares. Hazme el amor. Ahora", le respondí con firmeza mientras mis dedos tomaban la cremallera de sus pantalones.

Sus dedos quedaron sobre los míos para ayudarme con sus pantalones. Nada pudo contenerlo. Los bajó él mismo por sus piernas y en unos segundos estaban en el piso. Diego estaba desnudo, con su pródigo cuerpo sobre el mío. Yo tampoco me contuve de nada. Tomé su erección mientras lo veía fijamente. Ya sabía que su pene era enorme porque lo había visto tratando de salir de sus pantalones, y ahora podía sentirlo. Palpé la erección y él tensó sus hombros. Escuché un suave gemido salir de su boca mientras su cabeza quedaba atrás.

"Oh, Mariana", murmuró.

Dejé que mi cintura quedara arriba para que su pene me penetrara un poco. Puse su glande en la entrada de mi vagina. Él entendió mis movimientos, y se dejó llevar hasta que toda su erección estuvo dentro de mí. Nuestros gemidos se escucharon simultáneamente.

Separé mis caderas para recibirlo cómodamente. "Qué bien se siente", le dije con mi voz bien alta y mis ojos abiertos de par en par.

Estaba feliz de saber que su cuerpo estaba dentro del mío. Él recibió mis palabras con excitación. Tratamos de acoplarnos y sentir cómo nuestras pieles retozaban y se unían, casi como si fuesen una sola. Una vez que lo disfrutó bastante, Diego empezó a balancearse con más fuerza, a lo que respondí con vaivenes también intensos para darnos placer mutuo.

Me penetraba con lujuria. Tomó mis manos y me vio fijamente. Dejaba besos en mi sien, mi pecho y mis mejillas y luego regresaba a mi boca sin dejar de cogerme de una forma tan poderosa y frenética que mis labios no dejaban de sacudirse con gemidos y mis ojos no paraban de cerrarse. Llevé mis piernas sobre su cintura para que su pene no saliera de mí, y las olas de ese interminable placer que me llenaba seguían en mi interior. Empujó con más fuerza dentro de mi vagina cuando los gritos de mi garganta se hicieron más rápidos.

"Mariana, qué rica estás", dijo con su mandíbula tensa.

Mis músculos estaban rígidos y mi espalda estaba hacia arriba. Mi vagina apretó con intensidad su pene. Escuché cómo gritó cuando sintió los espasmos en su cuerpo. Él siguió tenso sobre mí y yo seguí recibiendo ondas y ondas de intenso placer, tantas, que ya estaba costándome mucho esfuerzo poner mi piel bajo control. Entonces sentí que acababa y el clímax era tan fuerte que quedé sin aliento.

Él intentaba acabar fuera de mí. Lo supe al ver su expresión, pero con la tensión de mi vagina sobre su pene, le costaba mucho. Fue tan poderosa que no pudo evitar venirse.

. Estaba visiblemente sorprendido. "Santo cielo", dijo. Dejó que su pene entrara hasta lo más profundo de mi ser. "Esperaba...".

Continué sintiendo el placer infinito en mi cuerpo y su piel acarició la mía. Sabía lo que iba a decir, pero no hacía falta. Acabé solo de saber que finalmente me empapaba con su cálido semen. Un rato después, cuando su orgasmo pasó, Diego se derrumbó sobre mí.

Mostré una amplia sonrisa, y él la vio. Su frente empapada de sudor dejó caer algunas gotas sobre mi pecho. Una suave brisa proveniente del mar refrescó nuestros cuerpos. Era la primera vez que yo sentía un orgasmo tan intenso.

Dejé que su pene reposara y su semen y mis líquidos cayeron lentamente sobre

las sábanas, manchando todo bajo nuestras piernas. Él me vio y su rostro mostraba una linda sonrisa. Tomé suavemente sus cabellos y también lo vi fijamente.

Besó mis labios tiernamente. "Me encantó", dijo. Estaba a mi lado.

"A mí también", le dije.

Honestamente, sentí que la realidad era más placentera que las fantasías que había tenido.



# CAPÍTULO ONCE - MARIANA

El insomnio se apoderó de mí esa noche. Y no podía conciliar el sueño porque mi mente no me dejaba en paz. Diego podía arrepentirse y me aterraba que me dejara y, además, me despidiera. Pensaba que él podría despertar y sentir que todo había sido un error que había cometido por haber bebido demasiado.

Aunque mi sueño siempre había sido tener relaciones con Diego, el temor de que eso trajera graves consecuencias me había detenido. Y como no quería que me sucediera algo tan terrible no había contemplado la posibilidad de acostarme con él.

Mis pensamientos se sacudieron poco después. Despertó y sonrió mientras me miraba. Diego me hizo recordar por qué estaba tan enamorada.

Se apoyó en su brazo izquierdo y tocó mi frente. "Mariana", dijo para saludarme. "Veo que madrugaste".

Sonreí también y me propuse dejar de pensar en esos episodios grises que se negaban a abandonar mi mente, las situaciones terribles que podrían perjudicarme.

"Veo que hiciste lo mismo", respondí.

Apartó una parte de mi cabello que se deslizaba por mi mejilla. "Acostumbro despertar bien temprano", me dijo.

Apartó una parte de mi cabello que se deslizaba por mi mejilla. Pensé que la incertidumbre seguía dentro de mí, aunque esa sensación me molestaba sobremanera. Parecía que más bien atraía esa emoción negativa. Quería saber si conversaríamos sobre lo que habíamos vivido y cuándo en qué circunstancias lo haríamos.

Besó mi boca y sus labios robaron el aire de mis pulmones. Él no sentía esa desesperación. Pensé que quizás antes me había besado porque había estado ebrio, pero ya no podía atribuir los besos de esa mañana al licor. Parecía que sí sentía algo lindo por mí.

"Podríamos desayunar juntos ahora que los dos despertamos", sugirió.

"Me parece bien. ¿Qué restaurante quisieras visitar?", le dije, pero pensé que

otro orgasmo sería mejor que desayunar con él.

"Ninguno, en realidad. Pediré que nos traigan el desayuno aquí. Traerán cualquier cosa que pidas", me informó. "¿Qué quieres desayunar?".

Ciertamente, acompañar a un hombre adinerado traía muchas ventajas, como poder desayunar en tu cama.

Decidí quedarme acostada y cubrir mi piel con una manta. Diego llamó para pedir nuestros desayunos, se levantó y luego se vistió. Mis ojos se refrescaron con sus tersas nalgas antes de que subiera sus pantalones. Mis mejillas se llenaron de un intenso rojo cuando recordé cómo mis piernas apretaban sus nalgas.

"Mariana, respecto a lo de anoche...", dijo Diego mientras giraba para verme.

Pensé que diría algo contundente y que me rompería en mil pedazos. Diego se sentó a mi lado. Los latidos de mi corazón se incrementaron. Tenía miedo y sospeché que me confesaría que estaba muy arrepentido de haber tenido sexo con la hija de su mejor amigo.

"Dime cómo te sientes", le dije mientras trataba de mantener mi compostura.

"Lo que quiero decirte es que no quisiera lastimarte", me dijo. "Tú me interesas, y quiero que estés bien. Siempre he querido que lo estés".

Me dejaba claro que yo era como parte de su familia. Como siempre. Era evidente. Tomé aire y cerré mis ojos. Me preparaba para recibir una bofetada emocional.

Mantuve mis ojos cerrados, y solo unos segundos después, mi boca recibía un beso suave de Diego. Descubrí que estaba acostado a mi lado. Me sorprendí de que actuara de esa manera y abrí los ojos.

"Mariana, no quisiera herirte. Sin embargo, sería injusto conmigo mismo si no admito mis sentimientos por ti", me dijo mientras tocaba mi mejilla con delicadeza.

"Reconozco que yo también siento algo por ti, Diego. Y no te preocupes. Soy una mujer adulta y puedo controlar mis sentimientos y mis acciones para que nadie me hiera. Entiendo muy bien que estoy involucrándome con alguien y podré asimilar las consecuencias, sean positivas o negativas", le confesé suavemente.

"Lo sé, pero no sé qué sucederá entre nosotros", dijo.

"Yo tampoco, pero podríamos dar un paso a la vez", le dije con un dejo de ilusión.

"Claro que sí. Es una buena sugerencia", me dijo mientras volvía a besarme.

Mi sueño seguía en pie. Me pareció que mi vida era perfecta y no me hacía falta nada más. Continuaba en Japón, al lado del hombre con el que siempre había fantaseado y que ahora me hablaba con sinceridad sobre sus emociones.

~~~~~

Vi el agua, al tiempo que continuaba comiendo tostadas y fresas. "Este lugar es maravilloso", le comenté a viva voz. "Podría venir aquí con mucha frecuencia".

Diego estaba sentado. Me acompañaba, a pesar de que había habido mucho silencio después de nuestra charla en la cama. Sin embargo, no dejaba de darme muestras de cariño. Sus gestos habían logrado que me sintiera muy cómoda.

"Entonces creo que deberemos viajar por negocios con más frecuencia. Por cierto, debemos reunirnos con Tatiana y Arturo en una hora y media para que podamos comenzar a ver los terrenos. No quisiera hacerlo. Preferiría quedarme contigo, pero no tenemos más opción que prepararnos para ir", me dijo mientras guiñaba su ojo izquierdo.

"De acuerdo, Diego. No he olvidado que los negocios son el motivo de nuestro viaje", le dije en voz baja.

"Tampoco olvides que mereces algo de diversión", me respondió traviesamente.

"Hablando de ese tema, creo que me gustaría que te bañaras conmigo", le dije entre risas.

Me asusté de inmediato. Hice esa pregunta atrevida y pensé que se negaría. Sí, nos habíamos acostado solo unas horas antes, él continuaba besándome tiernamente y tomando mis manos, pero yo no tenía la certeza de que él estuviera completamente satisfecho con el curso sexual que estaba tomando lo nuestro. Diego me vio fijamente. Intuí que analizaba las ventajas y desventajas

de hacer algo como eso. Entonces sonrió.

"Estupendo. Hagámoslo. Solo te pido que no nos divirtamos demasiado. No tenemos mucho tiempo", respondió.

Diego había aceptado bañarse conmigo en mi bungalow. Casi se me cae la mandíbula cuando me respondió. Otra de mis fantasías se convertía en una sexy realidad. Sería otra ocasión para excitarme.

"Trataré de controlarme, aunque no estoy tan segura de lograrlo", le dije mientras me levantaba. Le mostré una sonrisa pícaro. Caminé hacia el patio.

Me acerqué a la ducha. Sus manos azotaron mis nalgas traviesamente. Reaccioné gritando. Nos tocamos y nos despojamos de nuestra poca ropa mientras nos divertíamos. Estaba ya sin ropa en su pecho y con sus pantalones bajo, dispuesto a entrar al baño, justo cuando alguien tocó mi puerta. Ambos sentimos que nuestra especie de travesura llegaba a su fin, y pensamos quién estaría interrumpiendo nuestro gozo.

"Quizás sea algún empleado que viene a limpiar o comprobar que no necesitamos nada ", comentó Diego. "Me gustaría que regresara en unas horas", le pidió. Caminó de puntillas.

La persona que estaba detrás de la puerta no obedeció. Al contrario, insistió e insistió. Diego volvió a hablar, y su voz sonaba más fuerte y molesta. Los golpes a la puerta eran más fuertes. "Creo que debes regresar luego, como te dije. Estamos ocupados".

Pero solo hubo más y más golpes. Él se cansó y abrió la puerta solo un poco para ver quién era. Él la vio, y yo también me encontré con su rostro. Me sentí muy nerviosa, estuve a punto de perder mi equilibrio, y Diego había sentido lo mismo. Lo supe por la expresión de su cara.

Estaba en nuestra puerta y su sonrisa malévolo se mantenía en su rostro. Era Dalia.

"Vaya, vaya. Parece que los interrumpí", dijo con sorna mientras nos miraba.

Corrí hacia la ducha, pero fue en vano. Había descubierto a Diego con sus pantalones abajo y ya me había visto a mí vestida solo con ropa interior.

"Mierda, ¿qué carajo haces en Japón?", le gritó Diego.

"Quería darte una linda sorpresa", le respondió Dalia. "Quise venir y que la

pasáramos bien. Pero me desilusiona saber que esta... chica me robó la idea".
No dejaba de verlo

No logró cerrar la puerta pues ella empujaba con sus manos. "Lárgate. Ahora", le ordenó él.

"Será mejor que actúes de forma educada conmigo", le contestó ella. Ahora su rostro se encandilaba de odio. "Vine a contarles algo, pero si no lo oyen, voy a joderles la vida". Ya no reía con sarcasmo.

"Me importa un carajo lo que hagas".

"Creo que debería importarte más, pues tengo algunas fotografías", le respondió. "En esas impactantes fotos ustedes están besándose justo ahí afuera y también en el patio. Eso no es todo. Anoche dejaron las persianas del bungalow abierto y pude ver con claridad las cosas asquerosas que hacían y tomar más fotos. ¿Qué crees que sucedería si en un descuido alguien con malas intenciones recibe esas fotos? ¿O si la madre de Mariana recibiera unas copias? Ya me tambaleaba de nuevo.

CAPÍTULO DOCE - DIEGO

Movió sus caderas de lado a lado, en un gesto de burla hacia nosotros, mientras salía por la puerta. Entendí que Dalia decía la verdad. Tenía fotos en sus manos que había llevado para que las viéramos solamente Mariana y yo. Yo no tenía ningún ánimo de ver sus nalgas, por muy cadenciosas que fuesen. Y tampoco tenía ganas de volver con ella, especialmente después de la soberana cagada que acababa de poner. Ella era consciente del fin cuando salió del bungalow.

"Mariana, discúlpame por involucrarte en esto", le dije. Estaba yo encima de ella mientras la penetraba. "Perdóname por todo esto". Vi una foto de nosotros.

Ella estaba sumida en un profundo silencio. Su preocupación era notoria. Yo también estaba aterrado. Mis negocios podrían verse afectados. Pero el mayor problema era si la madre de Mariana llegaba a ver las fotografías. Me inquietaba que me percibiera como un viejo pervertido que se había cogido a su hija. Alba era mi amiga.

"¿Por qué Dalia hace esto? ¿Qué está pidiéndote para no publicar estas fotos?", me preguntó un rato después.

"Seguramente pronto me lo dirá, pero por ahora no lo sé".

Entendía lo que pasaba. No podía moverme de su lado. Ella volvió a mover su cabeza, pero su boca seguía silenciosa. Solo veía las fotos con un halo de sorpresa en sus ojos.

"Mariana, debemos salir de aquí rápidamente", le dije al ver la hora en mi reloj.

Ella movió su cabeza de nuevo. "Lo sé, pero igualmente debo tomar esa ducha". Sus manos alejaron las fotos.

"También debo hacerlo, pero en la ducha de mi bungalow", le respondí.

Ella me vio. Se veía triste. Pero no dijo nada para debatir conmigo. Su expresión era otra vez de perplejidad y desolación. Movió una vez más su cabeza.

"Estoy de acuerdo contigo", me dijo en voz muy baja.

Besé su mejilla y salí de su bungalow. Comprobé que su puerta estuviera cerrada una vez que salí. Me dolía la cabeza de tanto pensar. Cerré los ojos y tomé aire profundamente y crucé el pequeño puente que llevaba a mi bungalow. Al abrir mis ojos, vi a algo que no me perturbó para nada. Dalia esperaba en la puerta de mi bungalow y sus pies quedaban en la orilla del puentecito, por lo que sus dedos estaban empapados.

Había llegado sin avisar y no le había importado lo que yo le había pedido, pero se mostraba como si fuese la dueña del hotel. Sentía que tenía que estar allí porque sí, sin más razón que el peso de su vanidad. Era una característica de ella: buscar cómo sorprenderme y creer que esas acciones me harían sentir amado por ella. No obstante, yo le había dicho que ya no quería nada con ella, y mi deseo se mantenía. Sus problemas eran graves y me pareció que había pasado las fronteras del respeto. La intensidad de mi ira era inmensa.

"Japón era uno de mis países favoritos, pero no sabía que lo conocería en un momento de mi vida tan terrible", dijo mientras miraba el mar.

"Tú y yo ya no tenemos nada que ve, así que no sé qué pensaste", le dije a modo de burla.

"Lo sé. Y también sé que la zorrilla es 'solo' tu asistente. Pero me mentiste. Y tengo las fotos que lo comprueban". Empezó a llorar.

"No es mi esposa ni nada parecido. Ayer hicimos el amor por primera vez, aunque igualmente no tengo por qué darte explicaciones. Ya no somos novios. Te lo he dicho ya en varias ocasiones, pero te niegas a aceptarlo. Siempre te he dicho la verdad", le grité mientras mis hombros se tensaban.

"Te equivocas. Sí tienes que explicarme. Ya no somos novios, y entiendo que no me quieres. Continuaste con tu vida", dijo con un tono bastante bajo.

"Sí. Ya te olvidé hace tiempo".

Vio las olas del mar bañando sus pies y enjugó su llanto. Trataba de ocultar sus lágrimas. Con su afán de buscarme y tomar fotos privadas de mí, simplemente me había decepcionado más. Se había pasado de la raya. No quería lastimarla, pero me pregunté cuántas veces más tendría que decirle que se alejara de mí.

"Y yo que pensaba que podríamos superar los problemas y resolver esos pequeños asuntos, que había esperanza para mí. Quería hacer todo lo posible

para que de nuevo sintieras un inmenso amor por mí", dijo, con su voz aún muy baja. "Ya veo que eso nunca sucederá, a pesar de mi optimismo. Saltaste sobre una jovencita atractiva para olvidarme".

"Claramente te equivocas", le solté.

Había mucho más en Mariana que solo atributos en su cuerpo. No me gustaba para nada que las personas comentaran que me había acercado a ella por su edad o su atractivo físico. Escuchar esa expresión de su boca solo hizo que me molestara muchísimo. Sin embargo, hice todo lo posible para mantener la compostura. No quería más drama. Solo esperaba que Dalia pensara bien lo que anhelaba hacer con las evidencias fotográficas.

"Me di cuenta enseguida que querías estar conmigo solo por dinero y apariencias. Lo nuestro no funcionó. Solo vivimos buenos días al principio y nada más. Fin de la historia", le recordé.

"Eso no es verdad, Diego", me dijo, con sus ojos quebrados por el llanto incesante. "Aunque te parezca increíble, te amaba profundamente Y aún te amo. Y siempre te amaré".

"No nos parecimos en nada a una pareja como las que pasean en el parque y se dan besos de amor. Amas mi billetera. No me amas a mí", le afirmé.

"Pero cuando me hacías el amor decías que era todo para ti. Incluso decías que no querías dejarme", me recordó.

"En algún momento sentí esas cosas", le confesé. "Cuando descubrí tus verdaderas aspiraciones y pasamos más tiempo juntos, entendí que no querías algo real. Solo una realidad hecha con silicona y billetes de alta denominación. No estabas conmigo por amor".

Ya había discutido con Dalia una y otra vez el mismo tema. No me gustaba para nada tener que volver a recorrer ese camino. Recordé sus episodios de celos, sus palabras molestas, su insistencia agotadora. Y su frivolidad también me había llevado al límite.

Dalia me había parecido distinta cuando había llegado a mi vida. Tenía muchas virtudes aparentes, como su amabilidad y su carisma. Entendí poco después que era como un antifaz de inocencia. Había construido esa imagen para acercarse a mí. Ya no quedaba ningún rastro de esa fachada. La vi como una impostora que había dibujado una imagen solo para estar en mi cama y

adueñarse de mi dinero.

Y con el paso de los meses, solo me sentí peor. Creí que me utilizaba más y más para viajar a los lugares más lejanos y comprar los vestidos más costosos, sin olvidar las cenas en restaurantes caros, compras para ella o el deseo de que yo complaciera sus caprichos. En ningún momento hablaba sobre ayudar al resto de la gente. Ya no había sentimientos.

Mariana, por otro lado, era muy diferente. La avaricia no era uno de sus defectos. Ella recibía cada gesto que le daba, por muy pequeño que fuese, con alegría y gratitud. Y no me reclamaba si no hacía algo por ella o no le daba algún regalo.

Dalia se quejaba si no llegaba al apartamento con diamantes o pulseras de oro. Siempre esperaba lo más costoso, lo más grande o lo más llamativo. Me sentí agotado de esa actitud y nuestra relación se acabó. Dalia se mostraba como era: una chica que buscaba a hombres mayores para sacarles dinero.

Sus ojos se posaron sobre los míos. Su cara era desafiante. El llanto dejaba asomar un destello de rabia.

"Entonces no me queda otra alternativa. Todos sabrán quién eres", me dijo con molestia. "Ambos sabemos que conozco a mucha gente en varios medios de comunicación. Todos estarán sumamente interesados en la historia que les contaré. La historia de un hombre, tú, el ambicioso y codicioso jefe de una conocida empresa, que me reemplazó por una chica más atractiva e inocente. Y también sabemos que hay un poderoso movimiento que reivindica los derechos de las mujeres. Quemarán afiches con tu cara al enterarse que nos ves como muñecas inflables y tal vez algunas mujeres organicen boicots a tus hoteles u organicen marchas para manifestar en tu contra cuando sepan esa faceta de tu vida".

Por "mucha gente en los medios de comunicación", se refería a sus amiguitos periodistas de la prensa sensacionalista que vendía muchos ejemplares cuando publicaban noticias escandalosas. Dalia se los contaría y me destruirían. Mis negocios probablemente no se verían afectados, pero en lo personal sería una catástrofe y podría dejar secuelas en mis amistades. Y seguramente Mariana querría alejarse de mí justo cuando apenas empezábamos. Tensé mi mandíbula, haciendo un esfuerzo supremo para no perder los estribos.

“Lo que sé es que todo son patrañas. Tú también lo sabes, Dalia”, le solté. “No estoy con Mariana por su edad. Ella y yo sabemos lo que hacemos. Somos adultos. Tampoco la busqué para sustituirte”.

Ella encogió sus hombros. Sacó sus pies y los agitó. “Puedes creer eso si te hace feliz”, me dijo. “Esa no es mi percepción. No hace falta ser muy inteligente para saber que Mariana tenga la madurez suficiente para afrontar el terremoto que vendrá, y menos cuando la muerte de su padre ocurrió hace tan poco tiempo”. Se puso sus sandalias.

“Dalia, no te atrevas a meterla en este asunto”, le grité. “Estás llevando esto a un territorio en el que ella no debe estar”.

“Lo haré. De hecho, te daré todas las fotos con sus copias si haces algo. Solo una cosa”, me dijo.

Ya sabía lo que me pediría. Tomé aire profundamente. “¿Qué cosa quieres que haga?”.

“Que dejes de cogerla”, me dijo con voz altanera. “Desde hoy mismo”.

“No estoy con ella por...”.

“No sé qué es para ti, pero quiero que dejes de cogerla y termines tu relación con ella. “No me importa si es tu puta, una zorra cara u otra cosa”, me gritó. Si la dejas, no le contaré a mis amigos periodistas ni publicaré las fotos”.

“Dalia, aunque termine con ella, jamás, oye bien, jamás volveré contigo”, le gruñí”.

“Bueno, entiendo”, dijo. “Me veré en la obligación de herir a alguien, así que tú también tendrás que hacerlo. Tendrás que causarle mucho sufrimiento a tu querida Marianita. Aplastaré sus vidas hasta que pidan piedad. Serán infelices, igual que yo”. Luego sonrió.

“Eso suena a amenaza”.

“No lo es, Diego”, con un tono de burla que me recordó la rabia que sentía hacia ella. “No lo tomes como una amenaza porque es una promesa. Pero por ahora, disfruta el resto de tu estadía en Japón. Alquilé el bungalow a tu lado, por lo que estaremos juntos. Puede que nos crucemos y quizás decidas tomar un trago conmigo. Así podremos conversar amenamente”. Su voz irónica era una de las cosas que más me desagradaban de Dalia.

Me dejó solo y paseó por el muelle. Unos minutos después entró al bungalow que había mencionado. Me sentí tan molesto que quise arrojar algunas piedras contra las paredes o golpear algunas cosas, pero no quería dañar algo en mi propio hotel. Debía estar listo para mi próxima reunión. Había asuntos que resolver y necesitaban mi presencia. Sabía que Tatiana y Arturo aguardaban por nosotros. Dalia sería un tema postergado por el momento. Igualmente, Mariana.

CAPÍTULO TRECE - MARIANA

Tatiana y Arturo habían llegado puntualmente. Estaban en la recepción, pero evitaron hacer algún comentario sobre nuestra impuntualidad. Era un beneficio de ser jefe que evidentemente no estaba escrito en las reglas. Tatiana nos hablaba sobre el recorrido. Señaló en su tableta todas las zonas que visitaríamos a lo largo del día. Noté que estaba un poco tensa.

Diego no se veía nada bien. Había ido a buscarme en mi bungalow para que nos encontráramos con Tatiana y Arturo, pero se había quedado afuera esperando que yo saliera. Aunque entendía cómo estaba sintiéndose, me pareció que toda la culpa era de Dalia.

Fuimos hacia el edificio principal, pero no me miraba en absoluto. Solo veía el camino y restringió la conversación a los negocios. Mencioné a Dalia, pero él rechazó hablar sobre ella o sus últimas acciones. Tampoco comentó qué planeaba hacer para controlarla.

Yo no lo había notado, pero también estaba aterrada. Tatiana me vio y su cara demostró su preocupación.

"Mariana, ¿oíste lo que te dije?", preguntó.

"¿Podrías repetirlo?".

"Quería saber si hablaste con el chofer para que nos busque cuando terminemos".

Indagué en mi descalabrada mente, llena de fotos, Dalia, Diego, silencios incómodos sobre el futuro, y no pude recordar si lo había hecho. Antes recordaba los correos o las llamadas con facilidad, pero ahora esas memorias se me escurrían. ¿Había hablado con nuestro chofer? Revisé la carpeta con mis archivos, buscando esa última llamada en mis registros o algo que evidenciara los arreglos, pero a unos pasos de mí observé a una mujer rubia con senos operados. Nos veía con maldad. Parecía que quería devorarnos. Su sonrisa era malvada y tomaba champán

"Caraj...", empecé a decir, pero logré frenarme.

Dalia no sería un tema de conversación apropiado en ese momento. Tragué

grueso, dejé de verla y revisé mis documentos una vez más. Finalmente, encontré la hoja de reservación de la limusina.

"Por fin. "Quería estar segura, aunque sabía que la había reservado", le dije mientras le mostraba la página de reserva.

"Es bueno saberlo", dijo Tatiana. "Podemos tomar un trago. Creo que nos queda algo de tiempo".

"Vayan ustedes", les pidió. "Tomaré algo de aire fresco. Estaré afuera". Creí que Diego también había notado la presencia de Dalia.

Quería evitar a toda costa a Dalia, por lo que fui tras los pasos de Diego. Cuando llegamos al estacionamiento y supimos que ella estaba tan lejos que no podía vernos, giré mientras mi piel se erizaba por mi nerviosismo.

"¿Por qué no se ha ido?", le pregunté.

"Porque decidió quedarse", dijo. "Está hospedada en mi hotel". Él veía los autos.

Se dio cuenta de que yo estaba aturdida por su respuesta. Levanté mis cejas.

"¿Por qué me miras así, como si fueses una niña y te hubiese robado los juguetes? Mis manos están atadas", dijo. "Está hospedada. Su dinero vale igual que el resto de los huéspedes. No hay razones para sacarla de ahí". Encogió sus hombros

"Pero podrías si quisieras. Eres el pro-pie-ta-rio", le dije.

"Si lo hago, mis huéspedes pensarían que saco a las personas de mis hoteles por motivos estrictamente personales. Mi reputación se vería afectada", me dijo. "Y creo que está muy molesta. Si la echo, no sé qué se atrevería a hacer".

Creí que con las escenas que había hecho Diego haría hasta lo imposible por sacarla de ahí y enviarla al fin del mundo, pero se limitó a mover su cara inexpresiva y a buscar alguna solución para echar a esa soberana zorra. Me impactó su respuesta. Muchísimo.

"Mariana, no puedo mezclar lo personal con los negocios", me dijo. "Sé cómo te sientes, pero no puedo hacer nada. Aunque no me gusta que ocupe un bungalow cerca de nosotros, es todo lo que puedo hacer ahora". Estaba molesto.

"Perdón, ¿escuché mal? No me parece precisamente una buena idea. ¿Está

ocupando un bungalow cerca del mío?", le pregunté con fuerza.

Podía espiarme en la noche o hacer cosas aún más alocadas. Ambos sabíamos lo que era capaz de hacer. Y saber que estaba quedándose a solo unos metros de mí me hacía sentir que estaba viviendo una película de terror. No me parecía una buena idea en absoluto.

Lo único bueno de todo era que las cosas estaban encajando. Entendí por qué Diego quería tenerme a cierta distancia. Sin embargo, no sabía si lo hacía para no involucrarme en el drama que ya vivía o por otra razón. Habíamos hecho el amor, y ahora tenía que pensar en todas las opciones. Esperaba que mantuviera a raya a sus exnovias. No las quería en su presente o en el mío. Y si eran aterradores como Dalia, con más razón. Era posible que sintiera algo todavía por la funesta Dalia. Era una posibilidad. Remota, pero existía.

"No sé qué esperas que haga", me dijo. "Tengo un gran peso en mis hombros. Me gustaría que limitemos lo nuestro a los negocios, al menos por ahora, finalicemos lo que vinimos a hacer y volvamos a nuestro país. Aunque ella sea una piedra en el zapato, debo mantener una imagen positiva ante mis clientes. Ya veré qué hacer con Dalia, pero sacarla a la fuerza de la habitación de mi hotel después de que pagó no es bueno para mis inversiones presentes y las futuras". Noté que la furia crecía en su cara.

Tuve ganas de llorar. Era la primera vez que Diego me hablaba de esa forma tan maleducada y airada. Su voz en ese momento no se parecía en nada al tono amable que había usado siempre conmigo. Su tono removiéndome el alma. Vi sus ojos y apreté mi pecho para frenar mi llanto. Recordé que era una mujer adulta y debía comportarme para que mi jefe no me viera derramar lágrimas de tristeza. Como toda una mujer, tenía que dominar mis emociones y continuar.

"Debo disculparme. Mi mente estaba dispersa", dije. "Me alteré en lugar de pensar con cabeza fría. No dejaré que eso suceda de nuevo". Bajé mi voz.

Pensé que iba a acariciarme para calmarme, pero eso no sucedió. Volvió a mirar los automóviles y giró. La furia en su cara se acabó.

"Por favor, ve y avísale a Tatiana y Arturo que ya está llegando nuestro chofer", me dijo.

Obedecí la orden. "Por supuesto". Fui a buscarlos. Dalia ya no estaba.

Quizás ya estaba encontrándose con Diego en ese momento en el

estacionamiento. O quizás solo había ido para recordarnos sus intenciones. Que la viéramos regodearse. De cualquier manera, no podía hacer nada al respecto. Diego y yo la habíamos pasado muy bien, pero lo nuestro había llegado hasta ahí. Quizás él se lo había tomado como sexo casual o algo que no podía volver a pasar. Se había entretenido, pero no quería involucrarse más de lo debido. Pero yo no sabía a ciencia cierta lo que pensaba o quería. Él no quería decirme nada al respecto. Y eso solo me hacía sentir peor.

Era consciente, antes de tener sexo con Diego, que tal no vez él no querría empezar algo serio conmigo, pero eso no me detuvo. Y después de todo, mi fe se mantenía. Pensaba que todo se arreglaría. Pero me convencí de que, aunque lo quisiera, no siempre obtendría resultados positivos en cada cosa que hiciera.

Qué ingenua eres, me dije. Qué ingenua, ilusa e inmadura has sido y sigues siendo. Me recriminé por creer que todo era como un cuento de hadas.

Me encargué de todas las tareas que me asignaron e incluso adelanté otras que habían quedado para el día siguiente. Traté de que Tatiana y Arturo no se percataran de mi llanto. Me concentré en hacer todas mis labores mientras estuve con ellos, más o menos relajada, durante todo el día. Cuando terminamos, Diego y yo nos fuimos a los bungalos. Él caminó adelante y yo fui lentamente detrás de él. Fui a la cubierta e intenté calmarme de mil maneras, llevando mi vista al mar, tomando té y dejando que la brisa me refrescara, entre otras tantas cosas. Me aterrorizaba que Dalia estuviera espiándome de nuevo.

Estaba sola, desanimada y frente a mí había un camino difícil de recorrer. Mi vida, que por momentos había sido estupenda al lado de Diego, ahora caía en picada y mi corazón se hacía añicos. En apenas un día había vivido momentos de gran alegría y placer, y luego me había inundado un río de desconsuelo. Yo era la culpable de todo lo que me sucedía. Diego había luchado contra sí mismo para no acercarse a mí, pero yo hice lo posible para que se acostara conmigo. Y ahora estaba sola, viendo el mar más lindo del planeta, mientras mi mente y mi corazón caían a lo más profundo de las penumbras. Ya no sabía qué hacer.

CAPÍTULO CATORCE - MARIANA

A la mañana siguiente, justo después de despertar y desayunar, tuvimos otra intensa jornada de trabajo. Volví a separarme de Diego. Vimos otro lote de terrenos. En un momento le pregunté dónde cenaríamos, si Tatiana y Arturo nos acompañarían, pero él evitaba una vez verme a los ojos, y su tono de voz nuevamente era soberbio.

"Esta noche ellos no cenarán con nosotros", me informó.

"Entonces podemos pedir algo en el restaurante del hotel", le dije, aunque me costaba pedirle que hiciera algo así.

"Pediré que me lleven la cena a mi bungalow. Quiero estar ahí a solas", me comentó. "La verdad es que este día ha sido agotador".

Evité plantearle otras sugerencias, porque sabía que él se negaría a cualquier petición. Asentí mientras tragaba grueso.

"Entonces también pediré mi cena y comeré en mi bungalow", le dije.

Mostraba una expresión de profunda tristeza. "Mariana, puedes tomar esta noche para divertirte", me dijo. "Anda, recorre las calles y conoce gente. Así sabrás más de Japón. Y no te preocupes, mi empresa correrá con los gastos", dijo mientras me veía fijamente.

Solo con pensar que tendría que cenar sola en un país tan paradisiaco se agrietaba aún más mi alma. Yo no quería conocer Japón si Diego no me acompañaba. No deseaba ver a parejitas tomadas de la mano y besarse mientras mis ojos se bañaban en llanto. Por Diego.

Negué con mi cabeza. "Me parece que es mejor que me quede en mi bungalow, viendo el mar. Incluso podría nadar más tarde. Así podré relajarme".

Diego asintió. "Si decides hacer otra cosa, por favor avísame".

Lo que quería hacer era tomarlo por sus brazos y preguntarle si no quería repetir su noche de sexo conmigo o si se había tomado lo nuestro como sexo casual. Preguntarle qué pasaba por su mente. Pensé que Diego lo había vivido

como algo más que una noche impetuosa y quería volver a estar conmigo, pero tuve muchas dudas como para preguntárselo. Sentí que, si lo hacía, estaría mostrando una inseguridad y una personalidad pegajosa como la de Dalia. No quería llegar a ese extremo.

Tomamos distancia una vez más. Entonces decidí detener mis impulsivos pensamientos. Caminé a mi bungalow y Diego fue a la suya en silencio. Quería llorar, golpear mi almohada y gritar de tristeza, pero me di ánimo y me puse mi traje de baño. Ya no esperaba que mis sueños se hicieran realidad, solo quería bañarme. Por primera vez estaba en Japón, así que no tenía que quedarme en mi cuarto a lamer mis heridas.

Me puse mi bikini de dos piezas. Era verde, con círculos blancos, y la parte baja llegaba por encima de mi cintura. Pensé cómo se derretiría Diego si me veía vestida de esa forma tan sensual. No obstante, él estaba lejos de mí y no quería hablar conmigo. Mis curvas se veían voluminosas.

Una vez que me vestí salí a la cubierta. Mis pies llegaron a la orilla y mis pies se empaparon. Esperaba que el líquido despejara mi mente y me relajara.

La temperatura del agua era elevada, por lo que de inmediato me sumergí en el mar, dejándome bañar por el cálido movimiento de las olas.

Salí a la superficie luego de unos segundos. Vi el bungalow en el que se quedaba Diego. Vi que estaba en la ventana más grande y me miraba. Nos vimos por unos segundos, pero él giró velozmente y vio hacia otro lado. Volví a sumergirme y vi el cielo sobre mí. Solo quería relajarme. Olvidar a Diego, Dalia y todo lo demás. El resto del mundo podía esperar. Si había algún lugar hermoso para distraerse era precisamente Japón.

Comencé a sentir mucho frío, por lo que salí del mar. Busqué mi toalla para secarme. Unos minutos después vi que estaba anocheciendo. Levanté mi mirada mientras secaba mi cabello. De nuevo Diego me veía desde su bungalow. Ahora estaba en su cubierta, comiendo solo, y parecía disfrutar cada bocado.

No estaba muy lejos de mí. Si nadaba, llegaría hasta él rápidamente. Peor no lo hice. Como me había dicho, quería estar solo. Volví a ver sus ojos, y me pareció que no estaba convencido de querer estar así mucho tiempo.

Entonces caminé solo con el traje de baño que tenía puesto. Dejé mi toalla en

el piso. Quería ver su mirada de arrepentimiento cuando viera mi cuerpo y no pudiera tenerlo. Sabía que él me veía y pretendía que me viera de arriba abajo. Quería que lamentara no estar conmigo. Tomé la carta del servicio de habitaciones que nos había dado el restaurante del hotel y me senté. Crucé seductoramente mis piernas y lo vi. Decidí ordenar y llamé al camarero.

Diego continuaba comiendo. Seguía viéndome desde su bungalow. Esperé su reacción, sus palabras, sus gestos. Nada de eso llegó. Entonces vi hacia otro lado y luego me concentré en las olas del mar.

Cuando sonó el teléfono pensé que era el restaurante para informarme que mi orden iba camino a mi bungalow. Estaba equivocada. Era Diego. Me sentí contenta. Lo vi de nuevo y señaló su oreja con su dedo índice. Moví mi cabeza de lado a lado.

Contesté con un tono burlón. "En vez de llamarme podrías acompañarme y conversar conmigo tranquilamente".

Diego parecía que se había quedado sin las palabras correctas. Guardó un largo silencio.

"Mariana, sería una locura acercarme a ti. Correría muchos riesgos. Además, luces muy sexy", me dijo.

Giré para verlo y fruncí mi ceño. "¿Qué riesgos correrías?", le pregunté.

"No podría controlar mis ganas. Lo sé porque cuando estuvimos juntos..."

"Entonces no las controles. Somos adultos y queremos hacerlo. Lo que hicimos no es un delito", dije, aunque había entendido sus palabras, lo que quería decirme.

"Lo sé, pero... no puedo verte de ese modo. Es un error", dijo suavemente.

"¿Por qué es un error? ¿Tiene que ver con Dalia?", le pregunté con molestia.

Diego dejó de verme por primera vez desde que habíamos comenzado a hablar. Tomó aire profundamente.

"¿Es por ella? ¿Sí o no? Habla", le dije con fuerza. "Sé que desde que ella llegó aquí, te portas de forma muy descortés conmigo, por lo que no me extrañaría..."

"Tienes algo de razón", me dijo, interrumpiéndome. "Es por ella en parte, pero

no como la imaginas. Cuando ella llegó, analicé las cosas y entendí que no puedo meterte en mi vida. Yo podría ser tu padre, por si no lo recuerdas ¿Qué pensarán tus familiares y amigos? ¿Cómo reaccionará tu madre? ¿Cómo se tomará el hecho de que el mejor amigo de su fallecido esposo tenía sexo salvaje contigo?".

"No puedo controlar lo que piensa mamá. Ella es libre de pensar lo que le parezca mejor. Yo soy una adulta y tengo la capacidad para tomar mis decisiones. Estaré con quien me provoque y no me detendré a pensar en los juicios de los demás. Nada de lo que me planteas es importante para mí. Absolutamente nada", le contesté.

"Lo ves de una forma muy sencilla, Mariana", me respondió. "Tal vez te entendería si yo fuese alguien más, pero en este caso...".

"¿En este caso qué, Diego? Comienzo a creer que eres tú quien no es capaz de ponerte los pantalones y actuar como un hombre", le dije. "Quizás la vergüenza que sientes no te deja pensar con claridad. Tener sexo con la hija de tu mejor amiga te preocupa mucho. ¿O me equivoco? ¿Es lo que piensas o no?". Ya me sentía tensa.

Se mantuvo en silencio. "Mariana, no te llamé para iniciar una pelea", dijo después.

"¿Para qué me llamaste entonces?", le pregunté con soberbia. "Carajo, Diego, no te preocupes por mí, Puedo defenderme y superar los momentos difíciles. Me agota el hecho de que todo el mundo, incluyéndote, me traten como una niñita con trenzas en sus cabellos".

"Te llamé para recordarte lo hermosa que eres", me respondió.

Entonces oí el silencio. Había colgado. De mis ojos brotaban lágrimas. Él tomaba champán, se levantaba y caminaba a su bungalow. Cerró la puerta, apagó la luz y no pude ver nada más. Vi el mar.

Qué mierda, Diego. Qué mierda con todos.

Perdí mi apetito. Solo quería una buena dosis de licor para lanzar dentro de él mi dolor. Llegó mi camarero, le pedí vino y me quedé ahí, contemplando mi cena, pollo a la naranja con ensalada rusa y cuscús. Si hubiera tenido hambre, esa comida no haría durado diez minutos en mi plato.

Tocaron mi puerta nuevamente. Supuse que era otra vez mi camarero.

"Admito que me asombra tu rapidez", le dije mientras limpiaba mis mejillas con una servilleta.

Pero cuando abrí mi puerta, supe que no era mi camarero. Era Diego. Apenas pude verlo, pues tomó la puerta, la cerró después de pasar con un portazo y me atrapó con un beso más intenso que me había dado hasta ese momento.

Puso mi espalda contra la pared y me quitó mi traje de baño sin mencionar ni una palabra. No pudimos llegar a mi cuarto. Bajó y quedó inclinado, justo frente a mi vagina. Diego no se detuvo. Comenzó a lamerme como si mi cuerpo fuese una exquisita cena llegada desde los más lejanos confines del universo.

CAPÍTULO QUINCE - DIEGO

Tenía que buscar valor en algún lugar de mi mente, pero no podía sacarme el cuerpo de Mariana de mis pensamientos. Sabía que era un terrible error. Di pasos de ida y vuelta en mi bungalow y contaba en mi mente los círculos blancos de su traje de baño mientras me deleitaba con sus deliciosas curvas, sus mágicos senos y su empapada piel.

Esa imagen era perfecta.

Tan perfecta, que me había causado una erección que me hacía sentir dolor. Pensé que lo único que la aliviaría sería que la vagina de Mariana la recibiera y la apretara mientras la llenaba con sus jugos. Sabía que mi cuerpo reclamaba a gritos a Mariana. Era un grito inclemente que agitaba mis pensamientos.

Era mi culpa. Le di a Mariana la razón. Sentía temor de las consecuencias de estar con ella. Si a Mariana no le importaba en absoluto la reacción de su madre o lo que pensarán los demás, ¿por qué yo me preocupaba tanto por lo que pasara o por protegerla?

Ella estaba en lo cierto. Me dediqué tanto a cuidarla que olvidé que ya era una mujer y podía seguir adelante sin que yo la tutelara o defendiera.

Una mujer a la que yo quería hacerle el amor.

Esperaba no querer estar con ella solo por olvidar mi sensación de culpa y el deseo irracional que sentía por ella. Recordé que Dalia me había presionado para que dejara a Mariana, y que si no lo hacía publicaría las fotos comprometedoras. Pero eso no me importó, pues me lancé sobre sus pliegues, saboreé su suave vagina y llevé mi lengua profundamente, sorbiendo sus jugos mientras Mariana apretaba mi cabello y gritaba mi nombre.

Sentí los fuertes temblores de su cuerpo, lo que anticipó su orgasmo. Los movimientos se originaban en su vagina y pasaban a mi boca mientras el resto de su cuerpo se estremecía. No dejé que se moviera más. Insistí con mi lengua en sus pliegues. Unos segundos después, Mariana acababa sobre mi lengua. Escuché sus poderosos gritos y tensó sus manos sobre mi cabeza. Me sentí feliz. Ir ahí había sido una idea estupenda.

Pero mi pene no estaba tan contento. Las bolas me dolían y ya me costaba calmarme. Mariana levantó mi cuerpo, besó mis labios y tomó sus líquidos de mi boca. Tenía que controlarme, pero no pude hacerlo.

"Debo ser sincero contigo", le dije.

Me silenció poniendo un dedo en mis labios. No me prestaba atención. Luego se inclinó y bajó mis pantalones con rapidez.

"Por favor, espera. Yo...".

No pude terminar mi frase. Los espasmos que sentí eran intensos.

Abrió su boca e introdujo todo mi pene en ella.

Mariana parecía calmar su hambre con mi pene. "Por Dios", dije. Mi cabeza quedó atrás.

Se enfocaba en chupar todo mi pene y luego lamerlo. No decía ninguna palabra. Pasó su lengua por mi tronco y empujó mi erección hacia lo más profundo de su garganta. Como su boca era pequeña, tomó una parte de mi pene con su mano. Balanceé mis caderas para penetrar su boca.

Solo podía pensar en los carnosos labios de Mariana envolviendo mi pene. Ella sabía lo que hacía. Lo sabía perfectamente. Tenía experiencia haciendo sexo oral. Tanta, que me haría acabar si seguía succionando mis bolas. Quise llenar su boca de mi semen, pero lo que más quería era penetrarla. Y más que querer, *necesitaba* hacerlo. Olvidé a Dalia en ese instante. Olvidé sus amenazas, las fotos.

"Mariana, aguarda un momento", le dije mientras retiraba su cabeza y mantenía su cabello en mi mano para que no tomara mi pene de nuevo.

Ella frunció su ceño. Luego mostró una expresión suplicante. Unos segundos después se levantó y besó mis labios. Me besaba como si quisiera saciar su inmensa necesidad. Había pensado desde que la había conocido que estaba aprovechándome de Mariana, pero ahora era ella quien me seducía y me rogaba que la cogiera. Estaba excitada y esperaba que la pusiera bajo mi cuerpo. Tenía hambre de mí.

"Por favor, Mariana", le dije. "Tienes que parar y prestarme mucha atención", dije, al recordar que debía comentarle algo.

Ella respondió con un largo suspiro. "Carajo, Diego. No me digas que vas a

salir otra vez con que quieres distanciarte de mí. Decide si realmente quieres estar conmigo o daré un paso al costado. Ya me aturdes con tu estupidez de irte y volver", me dijo.

Me habló con tal fuerza que entendí que ya era toda una mujer. La mujer de la que me enamoraba, que se mostraba sin aspavientos. Y ya no era una chiquilla. Dejé de verla como tal en ese preciso instante. Y esa revelación que acompañó sus palabras fue algo que agradecí supremamente.

"No iba a hablarte de eso", le dije mientras le hacía un gesto para se acerca a mí. "Quería saber si estás segura de hacer esto, pues Dalia me aseguró que le contará todo a tus familiares". Tomó mi pene de nuevo y mi mente quedó en blanco.

Ella abrió sus ojos ampliamente y se quedó en silencio. Imaginé que rápidamente se vestiría y se alejaría de mí, pero entonces me mostró una linda sonrisa que me derritió.

"Dalia puede irse a la mierda", dijo. "Y tú no te vayas con ella, por favor. Quédate conmigo y cógeme".

"Tus deseos son música para mis oídos", le dije.

Cada cosa que hacía me asombraba, pero al mismo tiempo me calentaba saber que era tan osada. Tanto atrevimiento de su parte me encantaba. Ella tomó mi mano y fuimos a la cubierta.

Mariana desabotonó mi camisa y la lanzó sobre la mesa. Cayó sobre su cena, que aparentemente no había sido tocada. Pensé que podría hacer muchas cosas para que sintiera mucha hambre. Y yo también. Comprobé que nadie nos veía cuando vi que solo estaba abierta la ventana en dirección hacia mi bungalow. Pensé que quizás estábamos seguros. De todos modos, a ninguno de los dos nos preocupaba ser vistos en ese lujurioso momento.

Ella fue sobre la hamaca. Luego me llevó hacia ella. Sus piernas apretaron mis caderas y rápidamente mi pene encontró sus pliegues lujuriosos. Besó toda mi cara, mi cuello y mi abdomen. Se movió para ayudarme a entrar en su cuerpo. Entré en su interior y ella se deslizó para dejarme pasar. Estaba muy estrecha. Me sorprendí de saberlo después de que estuviéramos juntos. Eso no fue obstáculo para entrar en su vagina. De hecho, tensó sus pliegues y apretó mi pene con fuerza.

"Carajo, Mariana. Qué rica estás".

Recibí la cálida brisa oceánica en mi piel y escuché cómo las olas chocaban en el muelle, brindándonos un ambiente perfecto para nuestro encuentro romántico. Ella se meneaba y dejaba sus muslos sobre mis caderas, aferradas a ellas para que yo pueda penetrarla con suavidad en la hamaca de la cubierta de su bungalow. El eco de la voz de Mariana aportaba otro toque excitante al momento. Ella gritaba mi nombre y rasguñaba mi espalda mientras yo empujaba en su ser.

Reaccioné para ver sus ojos y ver su mirada cuando el orgasmo la atravesara.

"Mariana, deseo ver tus ojos mientras acabas", le confesé.

Seguí penetrándola más y más, cada vez más fuerte y más profundo. Humedeció sus labios mientras movía su cabeza para responderme afirmativamente. Cavé dentro de ella, sintiendo cómo se empapaba y apretaba el tronco de mi pene. Sentí que yo también estaba a punto de acabar, pero saqué fuerzas de donde no tenía para controlarme, aun cuando sus movimientos eran más frenéticos, sus piernas halaban mis caderas hacia ella y su vagina se tensaba más y más.

Ella no paraba de moverse con fuerza, y yo continuaba deslizando mi pene en su interior, intentando conservar el vaivén que inicialmente la había excitado enormemente. Una vez que se calmó, alejó mi cuerpo y me vio con malicia. Sonrió con lujuria.

"Me pondré de espaldas para que me cojas", me dijo.

Giró sin salir de la hamaca. Se movió de lado a lado para provocarme.

Puso su culo cerca de mí y se inclinó para que la penetrara. Mi pene encajó nuevamente y se bañó con sus jugos.

Entonces gritó varias veces, aferrándose a la hamaca, al tiempo que mi pene no dejaba de empujar dentro de ella. Me fascinó el momento: su trasero se meneaba para mí, el mar sonaba y la brisa me calmaba. Parecía un sueño en vez de ser la realidad.

Mis bolas empezaban a inquietarse y supe que pronto estallaría de placer. Sacaría mi pene de ella. Pensé hacerlo porque no sabía si Mariana tomaba píldoras anticonceptivas o utilizaba algún otro método para evitar un

embarazo. Iba a retirar mi pene para llenar sus nalgas de mis líquidos, pero no pude. Ella se inclinó y su trasero retrocedió. Mi pene quedó dentro de ella otra vez. No hubo tiempo para nada más.

Mi semen salió de mi interior y cayó como una cascada en su vagina. Ella gimió al sentir mi líquido hasta que no quedó una gota dentro de mí. Luego se derrumbó en la hamaca y yo caí sobre su espalda, intentando tomar el aire que necesitaba.

Una vez que me sentí calmada, retiré mi pene agotado de su vagina. Me encantó la imagen y supe querría verla mil veces más. Las gotas de mi semen caliente chorreaban por su húmeda vagina.

Ella giró luego y me vio. Me mostró una mágica sonrisa.

"Vaya, Diego. Tengo que admitir que te amo", me dijo mientras recuperaba el aliento.

Estaba desaliñada, con sus cabellos enredados y despeinados, y su piel sudaba mientras su maquillaje se corría. Su cara era un poema al desorden. Pero, aun así, estaba feliz. Y satisfecha por sus orgasmos.

"Confieso que yo también podría llegar a amarte", le dije, asombrado por mis palabras sinceras. "Así será".

CAPÍTULO DIECISÉIS - MARIANA

Unos minutos después mi celular sonó.

Necesito hablar contigo. Y necesito hacerlo ahora.

Recibía un mensaje de texto urgente. Era mi madre. Diego y yo nos abrazábamos y sonreíamos, pero cuando vi mi celular, entendí lo que había sucedido.

Estaba sorprendida, pero también un poco contenta. Entonces vi a Diego. "Por lo que veo, Dalia habló con mi madre", le dije. "¿Qué le digo?".

"Hablar en persona nos facilitará las cosas. Dile que nos sentaremos a conversar cuando regresemos a nuestro país", me sugirió.

"¿Qué nos facilitará?", le pregunté. "Estará molesta, aunque nos sentemos a tomar un café con leche para hablar. Ya sé que amo al mejor amigo de mi padre, y quien además es mi jefe".

"Nada de esto debía pasar. Creo que estoy empezando a arrepentirme. Sé todo lo que sientes y te pido disculpas", me dijo mientras tocaba suavemente mi mandíbula.

"No tienes que sentir esas cosas. No digas nada de eso", le dije. "Me siento feliz con tu presencia y con todo lo que hemos hecho hasta ahora. Así que asumiré las consecuencias de mis actos, Diego. Pase lo que pase, estas son mis decisiones y quiero hacer lo que me haga sentir bien. Estos pequeños disgustos valdrán la pena, te lo juro. Créeme cuando te lo digo, esto pasará".

Haló mis brazos y mi cara quedó en su pecho.

"Dios te oiga", dijo suavemente. "No me gustaría que por mi culpa se estropeará tu relación con tu mamá".

Desde que había iniciado mis estudios de secundaria y luego en la universidad mi madre me había protegido sobremanera. Realmente siempre había sido celosa conmigo. No quería que su pequeña hija truncara sus sueños por un amorío, un conquistador que me sedujera solo para acostarse conmigo o un

bebé en mi vientre. Había sido insistente con ella, asegurándole que eso no pasaría, pero ella se había negado a darme su confianza. No me había brindado la posibilidad de tomar mis propias decisiones o comprender por qué las tomaba. Y aunque mi vínculo con ella nunca se había visto afectado, siempre sentí que mi relación con mi papá era más fuerte.

Pensé que ahora ella confiaría menos en mí. Después de todo, podía creer que su pequeña hija se había convertido en la putita de un viejo decrepito. Finalmente tenía razones para no haber confiado en mí.

"No sé qué historias le habrá contado Dalia, pero seguramente fueron todas exageradas", le comenté.

"Lo que me inquieta es que le haya mostrado las fotografías", me respondió. "Si hay algo que no quiero que Alba vea son precisamente esas imágenes. Ni ahora ni nunca".

"Olvidé esa parte", le aseguré. Vi a Diego con calma. Luego tomé asiento. "Con todo lo que estamos viviendo, las fotos salieron de mi mente por unos momentos".

"Lo sé", dijo. "Imagino que los amigos periodistas de Dalia ya tienen las fotos en sus manos", dijo mientras tomaba aire profundamente.

Se dio cuenta de mi ansiedad. Si publicaban las fotos su fama y quizás sus negocios podrían verse muy afectados. "No sabía que ella hablaría con los tabloides", le revelé.

. Tomó asiento tratando de calmarse. "Dudé que lo hiciera, pero ya vi que habló con tu madre, así que se atreverá a hacer eso y quién sabe cuántas cosas más", me dijo mientras también empezaba a mostrar nerviosismo. "De todas formas, nada podría empeorar esto".

Me molesté sabiendo que esto no iba a ser tan sencillo como había estimado inicialmente. Diego y yo habíamos quedado en medio de la locura emocional de Dalia, aunque no habíamos cometido ningún delito. Después de oír sus palabras guardé silencio. Estaba pensando que mi madre podría haber visto todas las fotos y las miles de anécdotas falseadas que habría publicado ya la prensa amarilla.

"Lo único que empeorará será mi estadía en casa. Tienes razón", le dije mientras trataba de animarte. "¿Puedes nombrarme a alguna persona que quiera

ser vista por su madre mientras tiene relaciones sexuales?".

"A ninguna. Discúlpame por ello", dijo.

Ciertamente parecía lamentar toda la situación. Entendía sus lamentaciones, aunque nadie estaba culpándolo por el comportamiento erróneo de Dalia. Diego también estaba siendo puesto a prueba.

"Diego, no tienes que pedirme disculpas por nada", le respondí. "Ella es incontrolable. Tuviste una novia que ahora perdió la cabeza. Lo que me entristece es que este escándalo vaya a darle de comer a la prensa sensacionalista por unos días".

Encogió sus hombros después de escucharme. "Tú los has dicho bien, unos días", me dijo. "Luego se olvidarán de mí".

Diego era conocido en todo el mundo por sus negocios. Tenía dinero y muchas conexiones en todas partes. No le simpatizaba la idea de estar bajo las luces de los periódicos. Había estado soltero y tenía la libertad de hacer lo que quisiera, con la mujer que quisiera. Hasta allí llegaba la historia que tenían los diarios. Pero yo sabía que ellos agregarían muchas cosas para vender ejemplares.

"Ojalá sea así", le dije, "porque no creo que debas estar bajo las fauces de un demonio que quiere joderte. Tampoco mereces pasar por algo tan traumático".

"Lo que me hace falta es un angelito", me dijo mientras guiñaba su ojo.

"Ya tienes uno en tu vida", le dije entre risas. "Aunque tiene una parte malvada".

Tocó mi nariz y luego la besó. "Lo sé", dijo. "Pero no me importa, porque creo que es el mejor ángel del mundo. Es una chica celestial, muy especial, y no quiero perderla".

"Supongo que te refieres a mí", le dije mientras lo golpeaba suavemente en el hombro.

"No. Hablaba de mi ama de llaves. Es un ángel caído del cielo", me dijo.

"Eres un imbécil". Sonreí y lo golpeé con más fuerza.

"¿De quién más podría estar hablando sino de ti?", dijo, y rió. Nuestras bocas callaron con un beso. Eventualmente, la realidad se estrellaría contra nosotros,

pero podía pasar algunas horas más embelesada con mis fantasías haciéndose realidad una por una. Había un incendio que apagar, pero me detuve un momento para recordar que estaba en mi lugar soñado, con mi hombre soñado. La conversación con mi madre se daría después, así que decidí disfrutar los días que me quedaban en Japón.

~ ~ ~ ~ ~

Me quedé dormida sobre el regazo de Diego, que también estaba tomando una siesta en el avión. Antes de regresar habíamos disfrutado al máximo el ritmo de las olas, la hamaca y todos los pasillos del bungalow en la que me hospedaba, así que habíamos quedado exhaustos tras tanto ejercicio. El tiempo pasó sin que pudiera darme cuenta.

Además, tenía que disponer mi mente para hablar con mi madre, si es que ella decidía permitirme hablar. Llegamos al aeropuerto y Diego me preguntó si quería que me acompañara, pero me negué porque pensé que su presencia solo le agregaría problemas a la situación.

"Déjame hablar con mamá. Si veo que reacciona adecuadamente, te llamaré para que llegues luego", le dije. "De todas formas, solo tiene una alternativa: aceptar nuestra relación y entender que estaremos juntos".

No éramos oficialmente novios, porque él aún no me había pedido formalmente que lo fuese. Estábamos en medio de una compleja y delicada relación, pero estábamos juntos.

Mi madre sabía que volvería ese día pues le había escrito un mensaje de texto pidiéndole que nos sentáramos a charlar a mi regreso. Recibí varias llamadas de ella tras mi mensaje, pero me limité a responderle por textos que hablaríamos en persona una vez que estuviera en la ciudad. Y fin de la historia. No quería que me dañara mi itinerario en Japón con su agitada voz. . Tampoco que su drama me salpicara. Pero ya el viaje había acabado y era hora de enfrentarla. Tenía una conversación pendiente y ya no podía postergarla.

Abrí la puerta con mi llave. Mamá ya estaba en el vestíbulo, de pie. Tenía una copa de vino blanco en su mano y su cara mostraba una expresión de rechazo que aparentemente había ensayado bastante.

"Parece que Japón te gustó", me dijo ella con sarcasmo mientras bebía un

sorbo de su bebida.

Me sorprendió gratamente que no me lanzara ningún objeto contundente. Me había preparado para ser devorada por su ira. "De hecho, me gustó bastante. Es un lugar hermoso", le respondí. "Cuéntame qué ocurre. ¿Por qué querías charlar conmigo?".

Se sentó en el centro del mueble y me invitó a sentarme a su lado poniendo su mano en el lado derecho del sofá. "Hija, será mejor que te sientes", me pidió.

El llanto estaba punto de brotar de sus ojos negros. Supe que lloraría pronto. Y también supe que no podría controlar mi tristeza por sus incontenibles lágrimas.

De todas formas, me senté del lado derecho del sofá, a su lado.

"Aproveché que no estabas aquí para hablar con alguien".

Sospechaba con quién había hablado, pero decidí no mencionarlo. "¿Con quién hablaste, mamá?".

"Con Dalia, la exnovia de Diego".

"¿En serio lo hiciste?", le pregunté. "Esa mujer tiene problemas, por si no lo sabes. Muchos problemas. Está loca de remate. Loca de atar, mamá".

"Lo sé", me respondió. "Creo que una cabra está más cuerda que esa mujer. No me agradó nunca, aunque Diego siempre ha sido de mi agrado, así que lo hice por él". Estaba tensa, pero trataba de aparentar una paz que no sentía.

Esperé que continuara su historia. Sabía que no había terminado.

"Dalia me contó que quería mostrarme. Yo me negué a ver esas fotos porque sabía que ella solo quería ampliar su telenovela personal", me dijo. "Y al ver los archivos adjuntos que me remitió, insistió y me dijo que esas fotos demostraban que tenías algún tipo de relación con tu jefe. Le dije que eso era una estupidez y que parara su absurdo chisme". Sentí que todos mis músculos se relajaban.

"¿No creíste lo que te contó?", le pregunté, abriendo bien mis ojos.

"Claro que no", dijo después de resoplar. "Él es un hombre respetuoso y no se atrevería a intentar conquistarte. Por favor, ¿Diego y tú juntos?".

"¿Qué pasaría si fuese yo quien tratara de conquistarlo?". Toqué mi mandíbula

con mi dedo índice.

"Hija, Fernando y él eran muy unidos. Él jamás te buscaría. Mariana, sé que eres como una hija adoptiva para Diego. Él se negaría", me respondió. Luego agitó su cabeza.

Mi madre negaba todo lo que ya había pasado. Con eso solo logró que me sintiera aún peor. Ya no podía ocultarle que estaba con él, al menos no por mucho tiempo. Si no se lo decía yo, alguien más lo haría. Pronto. Lo decía con tanta seguridad que me costó aceptar que debía contarle toda la verdad.

Ella debía ser la primera que se enterara, porque si mi relación con Diego era seria, al punto de que nuestro amor nos llevara a comenzar un noviazgo formal, pronto se lo diríamos al mundo entero.

"Debo interrumpirte, mamá, porque Dalia te dijo la verdad. Diego y yo tenemos una... relación y nos amamos profundamente", le dije mientras miraba mis sudorosos dedos.

Mamá guardó un aterrador silencio. Como no pude hacer otra cosa que abrir mis ojos para contemplar su reacción, me vio con nerviosismo. Entonces empezó a reír a carcajadas.

"Vaya, parece que lo dices en serio".

Apenas asentí con mi cabeza. "Hablo en serio, mamá", le dije. "Aunque te parezca una locura porque es un hombre mayor, él y yo nos amamos. Nuestros sentimientos son mutuos y genuinos, estoy completamente segura". Me di valor y levanté mis ojos.

"Necesito *mucho* más vino", dijo. Su garganta estaba rota por el dolor. Ella se levantó del mueble. Apenas podía mantenerse en pie.

Giró para que no viera su llanto. Tomé su mano y me puse a su lado. Yo sabía que ella estaba triste.

"Mamá, ya soy una mujer", le dije. "Diego también es adulto. Tenemos la madurez necesaria para iniciar una relación. Amo a Diego. Él también me ama. No se trata de sexo casual. Nos amamos de verdad. Lo nuestros es un amor verdadero".

No fue a buscar más vino. Haló su brazo para separarse de mí. Hurgó entre las cosas de su bolso y encontró su celular.

"Mamá, ¿qué rayos haces?".

"Llamo a Diego", me respondió. "Él y yo tenemos mucho que conversar".

"¿De qué vas a conversar con Diego?", le dije con inquietud.

"Sobre las relaciones sexuales que ha tenido con la hija de su mejor amigo".

Ya había marcado su número y su teléfono sonaba. Traté de arrancarle su celular, pero dio unos pasos hacia la izquierda.

"Mamá, no tienes que hacer esto", le dije para convencerla de colgar. "Ya crecí. No soy una niña inocente. No deberías...".

Pero Diego respondió. Una andanada de gritos e improperios salió de la boca de mi mamá. Le dijo todo el repertorio de groserías que existía en el diccionario mientras lloraba sin parar. El dolor de ver a mi madre tan compungida llegó a lo más profundo de mi corazón, pero luché para conservar la calma. Ya tenía que vivir mi vida, lo que incluía sujetarme del amor que me hacía feliz, sin detenerme en la molestia de mi madre. Debía vivir mi propia vida en vez de dejar todo en sus manos.

Escuché claramente a Diego. "Puedo llegar en unos minutos. Estoy cerca", dijo.

Mamá estaba sentada y desolada. Seguía llorando a cántaros y mi pecho estaba a punto de explotar. No me veía, aunque se lo pedía.

"Mamá, quiero ser feliz. Ya lo soy con él", le dije. "Diego me hace sentir bien, ha sido un caballero y se preocupa por mi bienestar". Descubrí que mis ojos también estaban llenos de lágrimas.

Diego llegó a la casa. Mi madre y yo saltamos para abrirle. Corrí más rápido. El vino no ayudó a mi madre con sus movimientos. Giré el pomo y vi su cara. Yo estaba tan feliz como sorprendida de su llegada.

"Diego, ¿por qué carajo viniste?", le dijo mamá con su voz aliñada por el licor.

"Estaba cerca de acá. Decidí quedarme en caso de que reaccionaras de esta manera y Mariana quisiera algo de ayuda", le respondió. "Alba, entiendo que te cuesta aceptar todo esto, pero podrás ver que no es lo que crees si nos das una oportunidad". Sonaba calmado.

"¿No es lo que creo? Es solo una chica más para tu lista de conquistas sexuales, Diego. No me equivoco al pensar que llevaste a mi hija a la cama porque es una chica atractiva y muy hermosa".

"Alba, con ella me siento diferente. Puedo jurarte que no es así", le contestó Diego. "Tu hija es excelente para el trabajo. Me parece una mujer muy dulce e inteligente. Aunque es joven, es muy madura. Y no solo eso. La admiro porque fue capaz de sobreponerse al dolor por la muerte de su padre y organizar todo para su funeral, así como para encargarse de ti y seguir adelante a pesar de la tristeza. Fernando y tú lo hicieron muy bien al criar a una mujer tan talentosa, segura de sí misma y brillante como ella. La amo, aunque no estés de acuerdo con mis sentimientos".

Apenas podía respirar al escuchar cada palabra que decía él.

"Te pido la posibilidad de mostrarte que nuestra relación es seria. Te juro que quiero seguir a su lado", añadió. "Me tomo esta relación de manera muy formal. No sería una locura afirmarte que algún día podría contraer matrimonio con tu hija".

Diego me defendía como si fuese su doncella. Pronunciaba cada frase con elegancia y soltura. Esa elegancia que también se reflejaba en su traje, impecable como siempre. Tragué grueso para poder continuar de pie, porque solo quería arrojarme en sus brazos, besarlo y que tocara mi piel. Pero no podía hacer eso. No frente a mamá. Al menos no en ese momento. Haría que se sintiera peor.

"Será mejor que te largues de mi casa", le ordenó mamá. "Y tú también".

Lanzó su copa de vino, tratando de golpear la frente de Diego, pero erró por unos centímetros. La copa se estrelló en la pared. Los pedazos quedaron regados en el piso, el sofá y la mesa. Lo vi para buscar alguna reacción y luego vi la cara de mi mamá. Ella estaba impactada.

"¿Hablas en serio, mamá?".

Diego tomó mi antebrazo. Me llevó a la puerta y la abrió, esquivando los trozos de vidrio.

"Mamá no puede estar diciendo eso en serio, Diego", le argumenté.

"Ya sé que no, Mariana", dijo, "pero tienes que salir. Ella necesita estar sola

para asimilar lo que está pasando. Además, si te quedas solo te gritará y te golpeará. Ya se acabó el tiempo para consentir a tu mamá. Lo hiciste durante muchos años. Ahora debo ser yo quien te cuide a ti".

Deseaba con todas mis fuerzas quedarme ahí y hablar con ella. No quería salir, pero Diego tenía toda la razón. Mamá tenía que estar sola y pensar las cosas con calma.

~ ~ ~ ~ ~

Ya Diego y yo vivíamos bajo el mismo techo, y nuestra relación era muy linda. Después de unos días, mi madre seguía rechazando mis insistentes llamadas, pero yo quería hablar con ella. Había renunciado al trabajo porque sentí que mis emociones entraban con conflicto con mis labores. Era parte de otra compañía, ocupando un puesto que Diego me había ayudado a encontrar. En ese nuevo lugar también me gustaba lo que hacía. Ascendí con rapidez, y no había sido precisamente por tener relaciones con el dueño sino por mis capacidades.

Cuando me informaron sobre mi ascenso, llamé a mi madre con ganas de contarle, aunque esperaba que se negara una vez más a responderme. Sin embargo, sí contestó de inmediato.

"Mami", le dije, con mi voz quebrada. "Me haces una falta enorme".

Guardó silencio, y unos segundos después habló. "Hijita, tú también me haces mucha falta".

Ambas intentamos hablar, pero nuestras lágrimas no nos dejaban hacerlo.

"Hice todo lo que pude para que no te sintieras mal", dije. "Incluso hoy con esta llamada. Eres mi madre y la única familia que tengo en este mundo. No me arrepiento de todo lo que viví, pero no quiero que te alejes más de mí. Solo cuento contigo".

"Hija, ¿estás enamorada de él? ¿Realmente enamorada?".

"Con todo mi corazón", le respondí sin pensarlo dos veces. "Lo amo. Lo adoro con todo mi ser. Y sé que Diego también me ama".

"Y creo que tiene razón", dijo mamá. Tomó aire profundamente.

"¿Razón sobre qué, mamá?".

"Sobre lo que dijo cuando salieron de la casa. Que ya no debes consentirme. Es cierto. Me cuidaste, me protegiste durante este tiempo. Te encargaste de mí, en lugar de ser yo quien te protegiera".

"Lo hice porque deseaba hacerlo", le respondí.

"Y lo sé, pero no era tu obligación hacerlo. Soy tu madre", me dijo. "Recordé todo cuando te saqué de mi casa. Tenía tanto miedo de perderte que yo misma te alejé de mí".

"No me has perdido", le contesté. "Estoy aquí para ti".

"Yo también estoy aquí y siempre lo estaré. Debo acompañarte en este camino", me dijo. "Tendré que aceptar que Diego es tu novio, aunque no me guste la idea. Me cuesta verte a su lado sabiendo que pude ser tu papá".

"Lo que me importa es que ama", le respondí. "Y me lo demuestra tratándome amablemente. Me hace sentir como una reina".

Mamá volvió a guardar silencio. "Estoy segura de eso. Sé que él es un caballero", dijo después.

Mi mente revoloteó con miles de ilusiones al oír esa frase.

"Podrían venir a casa a cenar conmigo", dijo. " Quisiera compartir contigo. Podríamos conversar y vernos un rato."

"Es una buena idea", le dije. "Diego también querrá ir".

CAPÍTULO DIECISIETE - MARIANA

Si me quedaban dudas, habían sido despejadas cuando vi la prueba de embarazo. Era mi segunda prueba del día y los resultados eran los mismos. Diego llegó y se sentó a mi lado, viendo mis ojos en el pequeño artículo médicos

"No hay probabilidades de que haya error si se repite el resultado. Es la segunda y también dice positivo".

Tener hijos no había sido un tema de conversación entre él y yo. Nos acabábamos de mudar. Fui a su apartamento después de que mi madre me echara de su casa. Pero luego empezaron a llegar las buenas noticias. Igualmente me agité de inmediato.

Anhelaba ser madre y que Diego me embarazara, pero lo nuestro apenas daba sus primeros pasos. No tenía ni la más remota idea sobre cómo reaccionaría él. El llanto inundó mi cara.

"Cálmate", me dijo. "Te prometo que todo saldrá perfecto". Me haló hacia su cuerpo y besó mi mejilla.

"Debo contarle a mamá", dije.

Cuando supe que estaba esperando a un bebé sentí un deseo mayor de encontrarme con ella y abrazarla. Aunque ya habíamos acordado cenar juntas esa noche, no estaba convencida de que fuese la ocasión ideal para informarle que sería abuela pronto. Lo pensé al recordar que solo unas horas antes había aceptado el hecho de que Diego y yo estábamos juntos. Sería demasiada información para digerir.

Quise descubrir lo que pasaba por su mente, pero como no decía ni una palabra, me costaba entenderlo. Lo vi, y sospeché que él podía estar pensando en otra cosa. Otra cosa como *no* tener un hijo.

"Oye", le dije mientras tomaba aire. "Sé que no me has dicho qué te parece la idea de ser papá. Aceptaré tu respuesta, sea cual sea. Aunque te niegues,

podré...".

Intenté terminar, pero no pude. Solo con pensar en la posibilidad de practicarme un aborto me derrumbó. Había pasado por momentos muy extraños, pues no había quedado embarazada, pero con solo tener un retraso en mi menstruación ya me imaginaba con mi bebé en mis brazos. Por eso me sentí feliz de ver la prueba, pero también estaba aterrorizada por no saber si Diego me apoyaría o si querría dejarme. Las lágrimas me derrotaron.

Luego pude tomar aliento y seguir. "Criar a mi hijo y sacarlo adelante. No es mi plan abortarlo".

Tenía el temple necesario. Me dije que podría hacerlo. Me repetí que podría hacerlo incluso sola. Él me vio con atención. Su cara estaba muy seria. Unos segundos después, me mostró una linda sonrisa. Una sonrisa llena de ilusión y futuro.

"Sabía que dirías cosas como esas", me dijo. "Porque entiendo que podrías sentirte sola. Pero no lo estás. Sé que eres una mujer joven, con un largo camino que recorrer. O soy mayor, pero...".

"¿Entonces quieres hacer cargo del bebé?", le pregunté, interrumpiendo sus frases. Mi piel se erizaba de la emoción y la felicidad bordeaba los hilos de mi cuerpo.

"Por supuesto que lo haré", me respondió. Me pareció que no había pensado bien su respuesta. "Tengo muchas ganas de hacerlo". Estaba sorprendido.

"Entonces hagámoslo", le pedí. "Seremos padres". Un largo suspiro salió por mi boca.

Mis manos ya acariciaban las suyas y mi cabeza cayó sobre su hombro. "Seremos padres", repitió.

~~~~~

"El vino está delicioso, hija. Deberías probarlo", sugirió mamá. Sirvió una copa para ella y otra para Diego. Lo vi y él me devolvió la mirada. Aunque no habíamos acordado que le contaríamos a mi madre durante la cena, aunque la emoción hacía que mi pecho se agitara. No obstante, me daba miedo que no le gustara saberlo. Sentí que el mundo se movía con mucha rapidez.

"Se oye tentador, pero pasaré esta vez. Gracias de todas formas", le dije mientras tomaba mi soda. "Quiero tomar solo agua o soda".

"Me parece una excelente decisión", me dijo. "Me contagiaste la preocupación por tu salud". Estaba sonriente e irradiaba felicidad.

Lo decía porque siempre me había preocupado porque mamá tuviera una dieta saludable, llena de ensaladas y frutas, incluso tras la muerte de mi padre. Ese evento la había causado una profunda tristeza. Había empezado a tomar mucho alcohol o a comer golosinas en un intento por calmar su ansiedad, pero yo había insistido para que tomara agua o soda y alguna fruta en lugar de comida procesada y llena de azúcar.

No quería ver a Diego o a mi madre. Vi mis dedos. Ya sudaban. Esperaba que, al evitar su mirada, ella no pudiera sospechar nada o ver algún gesto que me delatara. Sabía que lo que le escondía era una gran noticia, y no me gustaba fingir delante de ella que nada pasaba. Diego notó mi nerviosismo y se acercó para tomar mi mano y calmarme. Una sonrisa saltó a mi rostro.

Seríamos padres.

Mi madre no lo sabía, y me moría por contárselo. Era lo que más quería hacer en ese momento.

"Hazlo, Mariana", me dijo en el oído.

"¿En este momento?", le dije.

"Sí...", dijo mamá, en un intento repentino de mostrar que aceptaba lo nuestro. Sin embargo, fue un intento muy desafortunado.

"De acuerdo. Diego y yo queremos contarte algo", le informé. Diego se dio cuenta y las llevó a mi regazo mientras las acariciaba. "Aunque entiendo que es algo precipitado para ti, pero igualmente me parece que es una buena noticia. Diego y yo estamos esperando un hijo. Pronto serás abuela, mamá". Mis manos no dejaban de moverse y sudar.

Ella no dejaba de verme. Estaba impactada. La copa de vino que sostenía mi mamá cayó velozmente sobre la mesa. El sonido fue estremecedor. Después vio a Diego y luego volvió a verme. Pensé que volvería a echarme o gritaría de nuevo. Intenté levantarme para salir por la puerta, pero recordé que Diego seguía a mi lado. Si ella nos echaba, él me apoyaría.

"Hija, ¿esperas un bebé? ¿Cómo pudo pasar...?", dijo ella, pero se frenó ante la ingenuidad de su interrogante. "No tienes que responderme. Ya sé cómo pasó. ¿Estás segura?"

"Completamente. Me hice dos pruebas. No lo esperábamos, pero Diego y yo estamos muy contentos", le dije.

Su cara era un mar de emociones. Volvió a recorrer nuestros rostros con sus ojos. Volví a creer que me echaría. Pero no lo hizo. Me alegré por su calma. "¿Entonces voy a ser abuela? Sin duda, es una noticia inesperada como dices, pero los felicito. Es una noticia muy buena".

Diego esperó que ella terminara para hablar. Tomó aire y ambas nos giramos para verlo.

"Quería agregar" dijo, mientras me miraba, "que todo va muy rápido, pero eso no me impide mantener la promesa que te hice, Alba. Quiero seguir con ella y hacerla feliz".

Ambas nos miramos con extrañeza. "No recuerdo esa promesa, Diego", le dije. No recordaba de qué hablaba.

Se levantó y se arrodilló frente a mí. Buscó en un bolsillo y sacó un anillo enorme. Apenas pude entender lo que pasaba. Abrió su boca para decir esas lindas frases. "Santo cielo", atiné a decir. Mi corazón se estremeció.

"Mariana, igualmente iba a proponértelo, pero creo que con la noticia que recibimos hoy, no debo dejarlo para después", dijo. "¿Te gustaría convertirte en mi esposa?"

Me pedía que fuese su esposa. Lo vi a los ojos, tratando de despertar de lo que creía que era un sueño. Pero no era una fantasía. Era la realidad. Mi boca apenas pudo decir "sí", y mis brazos envolvieron su cuello. Nos besamos y olvidamos por un momento a mi madre.

Cuando recuperé el aliento recordé que cenábamos con mamá. Vi que ella también lloraba a cántaros. Pero sus lágrimas ya no eran de tristeza o decepción sino de alegría. Una profunda alegría por mí.

"Mamá, muchas gracias", le dije en su oído.

"No tienes que agradecerme. Quiero que seas muy feliz. Diego es el compañero ideal para que lo seas".

Entonces lo entendí. La verdad se mostraba ante mí, radiante como el sol.

Efectivamente, Mariana, todos los sueños pueden convertirse en una maravillosa realidad.

*Fin*